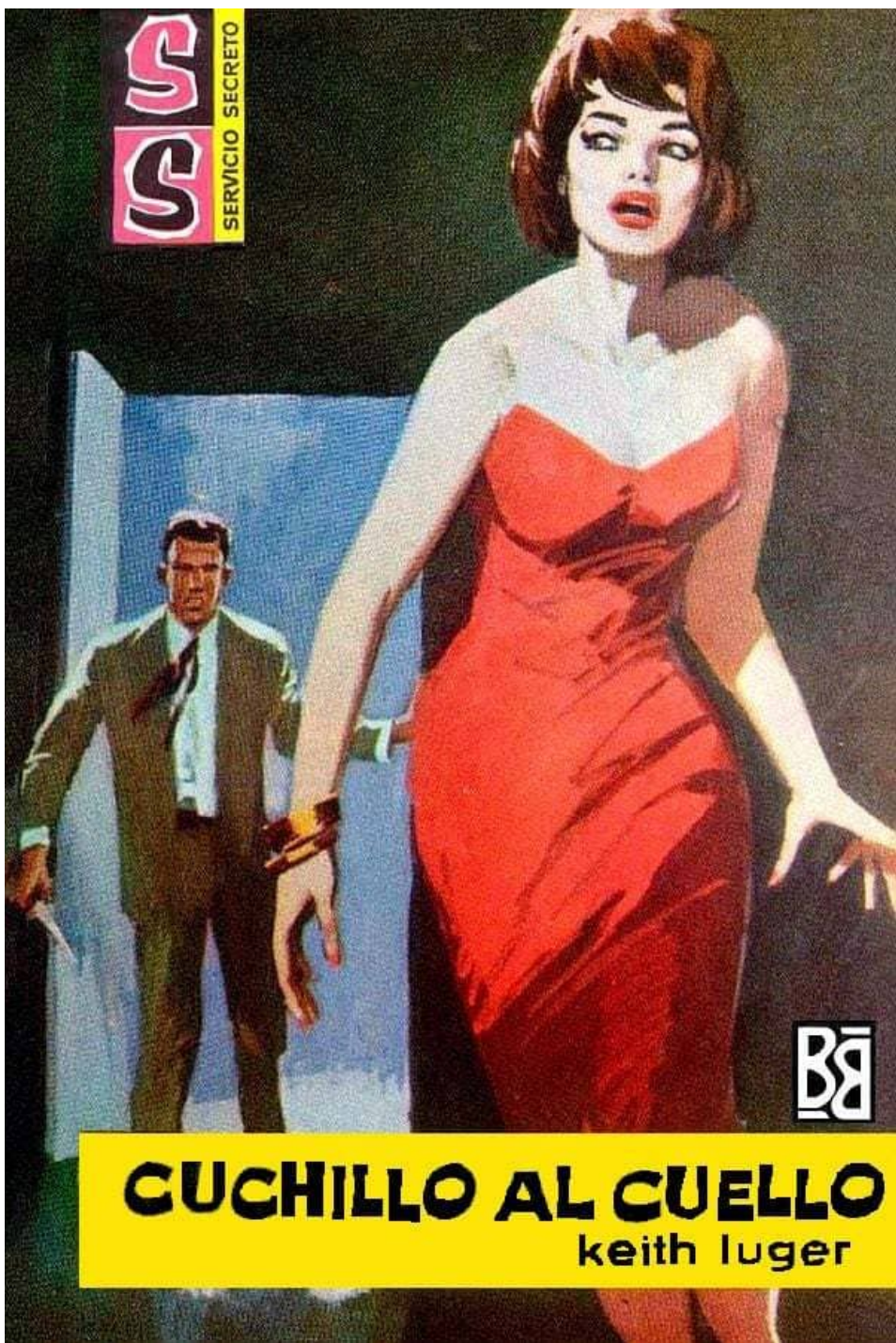




SERVICIO SECRETO



CUCHILLO AL CUELLO

keith luger

El relato que va a leer el lector está basado en hechos verídicos. Todo ocurrió tal y como se dice aquí. Naturalmente los diálogos pudieron ser otros, pero el autor ha tenido en cuenta las características de cada personaje. Se han modificado los nombres de los personajes.

Esta historia servirá para demostrar al lector la vigencia del viejo aforismo: «La realidad supera a la más desbordante fantasía»



Keith Luger

Cuchillo al cuello

Bolsilibros - Servicio Secreto - 665

ePub r1.0

Lds 17.10.17

Título original: *Cuchillo al cuello*

Keith Luger, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



PRÓLOGO

El relato que va a leer el lector está basado en hechos verídicos. Todo ocurrió tal y como se dice aquí. Naturalmente los diálogos pudieron ser otros, pero el autor ha tenido en cuenta las características de cada personaje. Se han modificado los nombres de los personajes.

Esta historia servirá para demostrar al lector la vigencia del viejo aforismo: «La realidad supera a la más desbordante fantasía».

KEITH LUGER.

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Mike Forester abrió la puerta y penetró en la habitación llena de humo.

Los agentes McGraw y Karret estaban en mangas de camisa, fumando un cigarrillo, y apartaron la mirada del detenido para observar al teniente.

El tipo, que estaba en la silla, bajo el foco de luz, era Charles Maitland. Lo habían cazado la noche anterior en un hotel de tercera categoría. Se sospechaba que Maitland era confidente de *Baby* Norton, el pandillero que una semana antes había asesinado a su amiga de turno en la sala de un cinematógrafo. «*Baby*» Norton había huido y todas las pesquisas realizadas desde entonces para detenerlo habían resultado infructuosas.

El teniente Forester se echó el sombrero hacia atrás mientras consultaba con la mirada a sus subordinados. Ésos hicieron gestos negativos con la cabeza.

Charles Maitland soltó una risita.

—No puedo decir nada si no sé nada, teniente —declaró.

—¿Cuándo viste a «*Baby*» por última vez, Charles? —preguntó Mike.

—Lo he dicho una veintena de veces a sus chicos.

—Repítelo.

Maitland dio un suspiro.

—Fue el sábado de hace dos semanas. Coincidimos en el hipódromo de Jamaica. Yo aposté a «Rosa Dorada». «*Baby*» dijo que eso era perder dinero y me aconsejó colocase mis dólares a «Ira» — la voz del confidente se hizo hueca—. No le hice caso y resultó que «Ira» fue la potranca ganadora. ¿Qué les parece? Les juro que «*Baby*» nunca había recibido un sople bueno.

—¿Qué más, Charles? —inquirió el teniente.

—Pensé que, al menos, «*Baby*» me invitaría para festejar su suerte, pero me dejó plantado allí mismo y desde entonces no lo he vuelto a ver.

Forester se pasó una mano por la cara y apretóse el puente de la nariz. Sus ojos seguían observando a Maitland.

—¿Dónde está, Charles?

—¿Dónde está quién?

El agente McGraw hizo ademán de ir a pegar a Charles, pero el teniente lo detuvo con un movimiento de la mano.

—Estamos hablando de «*Baby*», Charles.

—Oh, sí —dijo Charles con una sonrisa—. Ya lo había olvidado. Me entusiasmo demasiado con los caballos. No he tenido la menor noticia de «*Baby*». No lo he visto. Nadie me ha hablado de él.

—Cometió un asesinato, Charles. Si no nos informas acerca de su paradero, te haces su cómplice.

—Sería muy malo para mí, ¿eh, teniente?

—Lo sería.

Allí lo tiene, teniente. ¿Cómo iba a correr un riesgo así por «*Baby*»? ¡Cielos! Estuve tres veces en la fresquera y, cuando salí la última, juré que no volvería más. Me he vuelto un tipo honrado, teniente.

Forester miró al agente Karret, quien dijo:

—No trabaja en ninguna parte. Ha sido detenido cinco veces como sospechoso durante este año. En tres de ellas se le ha supuesto relacionado con robos cometidos en la ciudad. Las otras dos, como sospechoso de estar en combinación con cierta venta de automóviles robados en otro Estado.

Maitland ladeó la cabeza.

—Es cierto, pero siempre salí libre. Nunca me probaron nada porque era inocente. El agente Karret hizo una mueca.

—Claro que sí, Maitland. Tú eres un tipo muy honrado.

En ese instante llamaron a la puerta. El teniente, que estaba al lado, abrió. Vio por el hueco la cara del agente Brent.

—Un asunto para usted, teniente.

—¿De qué se trata?

—Una rubia muy nerviosa que dice que van a matar a una muchacha.

—¿Observó si estaba bebida?

—No da esa impresión. Más bien diría yo que está algo...

—¿Chiflada?

—Sí, algo así.

—Está bien, ahora iré a verla.

La puerta se cerró. El teniente volvió a mirar a Maitland.

—Voy a hacer un trato contigo, Charles. Maitland se puso en guardia.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Nos dirás el lugar donde podemos echar mano a «*Baby*» Norton. Tu nombre no aparecerá mezclado para nada en el asunto.

Maitland rió.

—Ya he dicho que no sé dónde se esconde. No tengo ni la menor idea, teniente. Se lo juro por mis hijos.

El agente Karret dijo:

—No tiene hijos.

—Está bien —gimió Maitland—. Pero los puedo tener.

—Muy bien, Charles —asintió el teniente—. No te quejes si te ves en dificultades.

Empezó a abrir la puerta y el detenido saltó de la silla, pero McGraw le pegó un empujón, sentándolo de nuevo.

El teniente oyó las palabras de Maitland mientras cerraba la puerta.

—¡No pueden retenerme aquí! Quiero ver a mi abogado, ¿lo oyen? ¡Quiero verlo ahora mismo!

El teniente miró al agente Brent, quien a su vez le señaló con la mirada el despacho del propio Forester.

Mike pasó dentro y vio a la mujer que lo estaba esperando. Estaba por los treinta y cinco años de edad y era rubia, de rostro vivaz, llamativo, muy pintado. Se cubría, con un vestido a rayas azules.

Ella se había vuelto y le dedicó una sonrisa.

—¿Teniente Forester?

—Sí.

—Soy la señorita Aldridge, Fanny Aldridge.

—Celebro conocerla, señorita Aldridge. ¿En qué puedo servirla?

Ella estaba sentada en un sillón de cuero muy gastado y Mike prefirió quedarse a su lado a dar la vuelta y ocupar su sillón

giratorio.

—Es algo horrible, teniente, ¿no se lo dijo el agente?

—Sí, pero me gustaría que usted me lo repitiese.

—La van a matar, teniente.

—¿A quién?

—A ella, a la muchacha.

—¿Quién es ella?

—No lo sé, teniente.

—¿Quién la va a matar?

La señorita Aldridge se interrumpió mordiéndose al labio inferior.

—Tampoco lo sé..., quiero decir que no conozco su identidad, pero desde luego es un hombre.

El teniente miró unos instantes al rostro de su visitante y sacudió la cabeza. Luego se acercó a la ventana que daba al deslunado. Aquello era el complemento de un día ruinoso. Había andado de un lado a otro por toda la ciudad. Había interrogado a docenas de personas, amigos o conocidos de «*Baby*» Norton, y de todo ello no había sacado nada en claro. A las cuatro de la tarde había tenido que oír unas cuantas frases hirientes del capitán Miller, y ahora, al llegar al Precinto, se encontraba con aquella rubia.

—¿Le gustan las novelas policíacas, señorita Aldridge? — preguntó cerrando los ojos, de espaldas a la mujer.

—Me encantan, teniente.

Se volvió hacia ella abriendo los párpados.

—¿Durmió esta tarde, señorita Aldridge?

—Sí, dos horas, como es mi costumbre.

—Comprendo. Usted estaba muy fatigada. Debe tener mucho trabajo. Se durmió y empezó a soñar, y ahí fue donde entró en juego lo de la chica que iba a ser asesinada.

—Oh, no, teniente, usted no puede creer eso.

—¿No?

—Todo ocurrió hace exactamente cuarenta y cinco minutos — consultó su reloj—. Cincuenta para ser exactos. Una vecina entró a pedirme un poco de azúcar, y mientras abría la puerta, se me escapó «*Vicky*»... «*Vicky*» es mi perrita, ¿sabe? Corrió escaleras abajo. Di el azúcar a la vecina y salí en busca de «*Vicky*»... Sé dónde encontrarla. ¿Tiene usted perro, teniente?

—No.

—Todos tienen sus manías. «Vicky» siempre se va al callejón que hay al lado de casa... A mí no me gusta, ¿sabe? Por allí se llegan muchos perros vagabundos para husmear en los desperdicios... Encontré a «Vicky» justamente cuando uno de esos perros grandotes se iba a meter con la pobrecita... Menos mal que no llegó a tocarla. De todas formas me puse a examinarla, y fue entonces cuando oí la conversación entre los dos hombres.

—¿Qué conversación?

—Uno de ellos le estaba encargando al otro la muerte de la muchacha. Forester se acercó de nuevo a la mujer.

—Quiero que repita exactamente lo que oyó, señorita Aldridge.

—No sé si podré.

—Haga un esfuerzo.

Forester no estaba muy seguro de que la señorita Aldridge estuviese inventando una historia y su deber era asediaria.

—Vamos, pruebe, señorita Aldridge. La rubia se removió en el sillón.

—Uno de ellos dijo: «Será un trabajo fácil porque ni siquiera tendrás que arriesgarte»... El otro contestó: «Matar nunca es fácil»... Entonces el primero dijo: «Ella empieza sus vacaciones mañana, y ya sabes dónde irá. Sé que ha alquilado un automóvil». —La rubia hizo una pausa y miró a Forester sonriendo—. Me sale bien, ¿verdad, teniente?

—Perfecto, señorita Aldridge. Continúe.

—Luego el asesino preguntó: «¿Cuándo he de hacerlo?». Y el otro hombre contestó:

«Cuanto antes, mejor» —la señorita Aldridge se interrumpió—. De pronto sentí miedo y escapé muy aprisa de allí. Ellos se quedaron hablando.

El teniente la miró a los ojos.

—¿No sintió temor de que oyesen sus pasos?

—No me podían oír. Salí de casa en busca de «Vicky» como estaba en aquel momento, y llevaba unas zapatillas con suela de crepé.

—¿Dónde estaban ellos, señorita Aldridge?

—Detrás de una valla de madera.

—Es un poco extraño, ¿no le parece?

—¿El qué, teniente?

—Que esos hombres eligiesen un sitio como ése para hablar acerca de la preparación de un crimen. Allí corrías el riesgo de hacerse sospechosos, de que alguien como usted los oyese... Existe un modo de hacerlo mucho más sencillo, citándose en un cine, o en un bar...

—Pero ellos eligieron aquel callejón detrás de la valla... Seguramente tendrían sus razones.

Forester se dijo que la señorita Aldridge tenía razón. En el mundo del crimen, lo que parecía más absurdo, era a veces lo más lógico.

—¿Dónde vive usted, señorita Aldridge?

—Canal Street 232, apartamento 1S.

—¿Dónde está ese callejón?

—Justamente saliendo de casa a la derecha.

—¿A dónde conduce?

—A un solar vacío.

—¿Qué es lo que protege la valla tras la que se encontraban esos dos hombres?

—El solar.

—¿Sabe si tiene alguna entrada?

—Desde mi ventana se ve de día todo el terreno. Una de las vallas se desplomó hace unos meses. Ocurrió un día que llovía mucho. No la levantaron y los vagabundos utilizaron la madera como leña. De esa forma, ha quedado una entrada libre al solar por la parte trasera de mi casa.

—¿Dónde trabaja usted, señorita Aldridge?

—Soy cajera de un bar en la misma calle.

—Dígame cómo se llama ese bar y quién es su patrón.

—Es el «Ocean», y el dueño es el señor Hale, John Hale. Empiezo mi turno a las siete de la mañana y termino a las dos.

—¿Casada?

—Divorciada. Ocurrió hace unos diez años —la señorita Aldridge empezó a parpadear—. Oiga, usted no pensará que yo soy una de esas personas que le gusta chismorrear.

—De ninguna manera, señorita Aldridge. ¿Puede esperar unos minutos?

—Desde luego. No tengo prisa.

Mike salió fuera y acercóse al agente Brent.

—¿La conoce, Brent? —preguntó señalando su despacho con el dedo pulgar.

—No, que yo recuerde, es la primera vez que viene.

—¿Le contó ella la historia?

—Sí. Para eso me tienen aquí.

—¿Qué le pareció?

—Ya se lo dije antes, teniente. Un poco chiflada. El teniente meneó la cabeza.

—Voy a hacer una comprobación del relato. No quiero que la señorita Aldridge se marche. Reténgala con cualquier pretexto.

—Muy bien, teniente.

Forester abrió la puerta tras la que se encontraba Maitland y los dos agentes. McGraw lo miró por el hueco y dijo:

—Todavía no está maduro.

Empezó a cerrar y en eso Maitland levantó la mirada y empezó a protestar de nuevo diciendo que lo dejasen llamar a su abogado.

Salió a la calle y se metió en el coche que había dejado estacionado junto a una boca de incendios.

Hizo sonar la sirena e invirtió doce minutos en llegar al 232 de Canal Street. Saltó a la acera y se fue derecho al callejón. Vio una mancha negra ante sí. Sólo había iluminadas unas cuantas ventanas de los pisos altos.

Echó a andar silenciosamente. Algo se movió en las tinieblas, delante, junto a la pared. Vio brillar dos ojos a ras del suelo. Los vecinos debían arrojar allí muchos desperdicios. Otro cuerpo se movió y luego otros ojos brillaron como ascuas. Un perro soltó un rugido amenazante, pero volvióse rápidamente y echó a correr, hacia el fondo.

Forester siguió avanzando y entonces vio la valla. Mediría un poco menos de dos metros. Se detuvo ante ella y extendió la mano, tocándola. Era de madera basta, listones que estaban rematados por una punta.

Aguzó el oído, como si esperase oír el final de aquel diálogo en que supuestamente dos hombres habían tramado un crimen.

Sólo oyó el zumbido de un motor a lo lejos y luego continuó el silencio.

Buscó a su alrededor tanteando con el pie, pero había allí

muchos objetos. Su tobillo tropezó con algo duro y sintió un fuerte dolor. Agachóse y su mano tocó un hierro. Finalmente se dio cuenta de que se trataba de un hornillo que alguien había arrojado por inservible. Lo transportó hasta la valla y subió en él para pasar a la otra parte. Permaneció quieto un instante, pisando la hierba. Luego echó a andar hacia donde, según la señorita Aldridge, la valla había quedado destruida. Comprobó que la rubia tampoco había mentido en este punto de su historia. Salió a una calle mal iluminada y silenciosa, dio la vuelta y regresó a Canal Street por la Avenida Franklin. Se metió en el 232 y detúvose ante la puerta del encargado del edificio, el cual se hallaba sentado en una silla leyendo un diario.

Forester mostró su credencial y el otro se levantó.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —inquirió Forester.

—Neely, Adam Neely.

—¿Quién vive en el apartamento 18?

—La señorita Fanny.

—¿Fanny qué más?

—Fanny Aldridge.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí la señorita Aldridge?

—Ocho años.

Forester prendió un cigarrillo. Mientras arrojaba una bocanada de humo preguntó:

—¿Qué me puede decir de la señorita Aldridge?

—Creo que es una buena mujer aunque habla demasiado.

—¿Sí?

—Siempre que se encuentra con alguien se prepara para pegar la hebra. Le gusta hablar por encima de todas las cosas. Uno a veces tiene que valerse de trucos para librarse de ella.

—¿Qué clase de historias cuenta?

—Le gusta la sangre, ya sabe, los sucesos en que ustedes toman parte. Creo que sólo compra el diario por leer la página de sucesos. Todas las mañanas, cuando se va a su trabajo, lleva bajo el brazo una de esas revistas espeluznantes.

—¿La vio salir esta tarde?

—Sí, dos veces.

—¿Por qué salió la primera vez?

—Se le había escapado la perrita, y fue por ella al callejón.

—¿Pegó la hebra con usted cuando iba hacia allá?

—Se detuvo un par de minutos para decirme lo que son los perros.

—¿Cuánto invirtió en encontrarla?

—No lo tuve en cuenta, pero pudieron ser unos diez minutos.

—¿Habló con usted al regreso?

El encargado arrugó el ceño y empezó a rascarse por encima de una oreja.

—Oiga, no... Ahora que lo pienso pasó con mucha prisa hacia su apartamento.

—¿Tienen ascensor?

—No.

—¿Llevaba ella la perrita?

—Desde luego, la llevaba. Seguro.

—¿Notó en ese momento algo extraño en la señorita Aldridge? Piense, antes de contestar.

Adam Neely se frotó la mejilla con la palma de la mano mientras miraba al suelo.

—Yo diría que estaba un poco emocionada. Quizá fuese que había corrido... Respiraba con fatiga... Y eso fue antes de que empezase a subir la escalera.

El teniente hizo un gesto afirmativo.

—¿Y dice usted que ella volvió a salir, Neely?

—Sí. Poco después la vi aparecer otra vez. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba los zapatos.

—¿Qué calzaba cuando salió por la perrita?

—Unas zapatillas.

Forester guardó un silencio.

—Gracias, Neely.

—Oiga, teniente. ¿Ha hecho algo malo la señorita Aldridge?

—No, en absoluto, Neely. Y me gustaría que no refiriese usted nuestra conversación.

—Descuide, teniente.

Forester salió de la casa y fue en el coche calle abajo hasta el lugar donde se ubicaba el bar «Ocean». Dio a conocer su identidad y dijo querer hablar con John Hale. Casualmente, el dueño estaba allí. Sí, la señorita Aldridge era una mujer eficiente. Desde luego tenía el defecto de hablar un poco, pero eso resultaba agradable a la mayor

parte de los clientes. Ellos se encargaban de cortar cuando tenían prisa. Trabajaba en la casa desde hacía cuatro años. Antes, según dijo ella, había estado empleada en un almacén de 0'95. Sabía que estaba divorciada porque ella misma se lo había confesado. Si, también conocía su afición a las revistas del género policiaco o sensacionalista. John Hale preguntó si la señorita Aldridge tenía algo que ver con la Policía. Forester Contestó que se trataba de una confusión y que la señorita Aldridge era indudablemente una persona honesta de una moralidad intachable. Alegó que todos los días la policía hacía investigaciones acerca de ciudadanos modelo. Formaba parte de su trabajo.

En el camino de regreso al Precinto, Forester arrugaba el entrecejo. El agente Brent le hizo un saludo.

—La rubia llamó hace un momento para pedir un vaso de agua y luego quiso saber acerca del crimen del año pasado en que fueron apareciendo los pedazos de la víctima por episodios.

Forester entró en su despacho.

Fanny Aldridge continuaba sentada en el sillón de cuero.

—¿Hizo ya la comprobación, teniente? Forester la miró enarcando las cejas.

—Es usted muy inteligente, señorita Aldridge.

—Oh, no... Lo único que pasa es que, como ya le habrán dicho, me gusta, todo lo que se refiere a su profesión, y estoy al corriente de algunos métodos de la policía... Si ustedes reciben cierta clase de avisos, han de asegurarse de que la persona en cuestión no está loca.

El teniente Forester hizo una mueca mirándose la punta de los zapatos.

—Y usted no lo está, ¿verdad, señorita Aldridge?

—Puedo asegurarle que no.

—Usted sabe perfectamente que somos muy pocos policías para velar por una ciudad como la nuestra, y también debe saber que debemos dedicar nuestra actividad a hechos concretos. En suma, no podíamos perder un tiempo que nos es tan precioso.

—Sí, teniente. Sé todo eso, y sé también que cuan lo escuché la conversación entre los asesinos, mi deber era venir aquí a avisarles a ustedes.

Forester la estaba mirando otra vez a los ojos. Ahora

comprendió que aquella mujer había dicho la verdad.

—¿No recuerda nada más de ese diálogo, señorita Aldridge?

Fanny quedóse un rato pensativa. Finalmente hizo un gesto negativo.

—Estoy segura de que se lo he dicho todo, teniente.

—Muy bien, señorita Aldridge. Le voy a mandar un dactilógrafo, y usted repetirá su declaración.

—Sí, teniente. Estoy dispuesta.

—Quiero hacer otra pregunta, señorita Aldridge. ¿Cómo eran las voces de esos hombres?

La señorita Aldridge se humedeció los labios con la lengua.

—Las dos eran graves, pero la del asesino lo era un poco más que la del hombre que le encargaba el crimen.

—Ese diálogo ocurrió al lado del Canal Street. Usted vive y trabaja en esa calle. Está acostumbrada a oír muchas voces. Piense ahora si alguna de ellas le hace recordar a algún conocido. Ya me entiende, trate de darles una figura.

La señorita Aldridge parpadeó otra vez. Miró al techo, a las paredes y, finalmente, detuvo sus ojos en el rostro de Forester.

—No puedo, teniente. Ninguna de las voces me recuerda a una persona conocida.

—Comprendo. De todas formas, si usted recordase alguna cosa más, espero nos lo comunique.

—Cuenta con ello, teniente.

Forester abandonó el despacho y después de cruzar la sala, abrió una puerta que había al fondo. Dentro había tres hombres, uno de los cuales tecleaba en una máquina.

—Eh, Billy, quiero que vayas a mi despacho y tomes una declaración a la señorita que encontrarás allí.

Forester cerró sin esperar una respuesta. Caminó hacia otra puerta donde había grabado un nombre.

«Capitán Richard Miller».

CAPÍTULO II

El capitán Miller apartó la mirada de un informe para observar al teniente.

—¿Qué pasa, Mike? ¿Ya cantó Charles?

—No, todavía no. Se trata de otro caso.

A continuación, Forester informó al capitán de las noticias que había traído la señorita Aldridge y de la comprobación que había realizado.

Miller escuchó atentamente, y cuando Forester hubo terminado su historia, emitió un gruñido.

—¿Qué piensas de todo eso, Mike?

—Creo que dice la verdad.

—Muy bien, tú te vas a encargar del caso.

—¿Yo? Tengo pendiente lo de «*Baby*» Norton.

—Puedes llevar las dos cosas al mismo tiempo. Maitland cantará, y sólo tendrás que ir por Norton donde él te diga.

—Bill detuvo esta mañana a los secuestradores del caso Ballenhoe. Quedó libre.

—Le concedí tres días de permiso. Tenía los nervios rotos. Él tiene un hijo de la misma edad que Ballenhoe, y ha pasado lo suyo durante la última semana. —Miller hizo una mueca sin dejar de observar a Forester—. ¿Por qué vas a buscar dificultades? Te encargas tú y basta.

—Muy bien, capitán.

—¿Por dónde vas a empezar?

Forester sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Sabemos tres cosas de la chica —dijo mientras arrojaba una bocanada de humo—. Alquiló un automóvil, empieza sus vacaciones mañana y se va a marchar al campo.

—No está mal. Conozco un centenar de casos en que se empezó con menos.

—Empezaré con las casas de alquiler de automóviles.

—¿Quién está con Maitland?

—McGraw y Karret.

—¿Y Rivero y Franch?

—Están interrogando por ahí a los amigos de «*Baby*» Norton.

—De acuerdo. Te asignaré dos nuevos hombres, Shaffy y Kendall.

—Quiero que vayan dos hombres del laboratorio al solar. No creo que consigan nada porque la tierra está cubierta de hierba, pero no se pierde nada con intentarlo.

—Muy bien. Yo mismo daré la orden.

—Supongo que se hace cargo de una cosa, capitán. Es de noche y los negocios están cerrados.

—Sí, pero es muy posible que la chica se marche a primera hora de vacaciones. Y, naturalmente, llevará al asesino a la zaga.

—Haremos lo que podamos.

Forester emitió otro gruñido y salió del despacho de su inmediato superior encaminándose al suyo.

Fanny Aldridge ya había terminado de dictar su declaración a Billy, y ahora interrogaba al dactilógrafo acerca de una mujer que había sido asesinada a cuchilladas la noche anterior.

—Muy bien, señorita Aldridge —dijo Forester interrumpiendo el diálogo—. Ya se puede marchar.

La señorita Aldridge dijo que estaba encantada de haber prestado su colaboración a la policía y que podían disponer de ella para cuanto fuese necesario.

Forester la acompañó hasta la puerta, y cuando ella hubo salido, se volvió hacia Billy.

—Dame esa declaración.

El dactilógrafo se la entregó y el teniente se puso a leer su contenido. Cuando llegó a la parte en que dialogaban los hombres que tramaban el crimen de la desconocida, comprobó que Fanny había dictado lo mismo que le había relatado.

Billy preguntó:

—¿Le va a hacer caso a esa mujer, teniente?

—Sí, creo que sí.

Billy se encogió de hombros.

—Es asunto suyo, teniente, pero si quiere conocer mi opinión, yo no me fiaría mucho. Salió el dactilógrafo y entraron Shaffy y Kendall.

—¿Les habló el capitán? —inquirió Forester.

—Algo —contestó Shaffy.

Forester les contó todo lo que sabía del caso y lo que quería de ellos. Había que hacer una relación de todas las chicas que hubiesen alquilado un automóvil durante los últimos días.

Kendall se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Ésta es una ciudad de algunos millones de habitantes. Hay más de un centenar de casas que se dedican a alquilar automóviles.

—Sí, y la mayoría de esos negocios están cerrados ahora, pero hay que trabajar.

—¿Sólo nosotros tres? —preguntó Shaffy.

—¿Qué se cree que hacen los demás compañeros? Ellos están con lo suyo. No empecemos de nuevo. Sabemos que somos pocos hasta que aumenten la asignación económica del Departamento. No adelantaréis nada con quejaros. Traed una relación de las casas de automóviles y nos dividiremos el trabajo... ¡Vamos, aprisa! ¡Muévanse!

* * *

A las nueve de la mañana siguiente, Forester entró en el despacho de Miller.

—¿Cómo fue eso, Forester? —preguntó el capitán.

—Mal. Los chicos del laboratorio no encontraron nada en el solar. Consultamos una treintena de casas de alquiler y pudimos hacer una relación de mujeres que alquilaron automóviles. A todas ellas las hemos localizado esta mañana en sus casas o en las oficinas.

Miller dio un suspiro echándose atrás en el respaldo del sillón.

—Eso quiere decir que ya la tenemos armada.

—Sí, es muy probable que la chica haya salido de la ciudad llevando tras de sí al asesino. Cuando vi que la cosa se ponía agria, di aviso a los patrulleros pero me temo que eso no sirva para nada.

—¿Cuál es tu plan?

—Continuaremos con las casas de alquiler. Shaffy y Kendall están en ello. Pero somos muy pocos para tanto jaleo.

—Tendrás otros dos hombres, Holbrook y Gates. Te los enviaré a tu despacho. Ponlos a trabajar enseguida. Si esa chica muere y los ciudadanos se llegan a enterar de que fuimos avisados con antelación, no querrán comprender nada más y dirán que somos unos incompetentes.

—Me lo figuro.

—¿Que hay con Maitland?

—Tuvimos que dejarlo libre.

—¿Cómo? —saltó Miller.

—Ocurrió hace un par de horas. Llegó su abogado con un «habea corpus». El capitán se pasó la mano por la recién rasurada barba.

—Eso sí que es bueno. ¿Cómo pueden pedirnos eficiencia? Atrapamos un pandillero y no podemos apretarle las tuercas porque la misma Ley que tenemos que proteger, se nos echa encima...

El teniente salió del despacho mientras Miller seguía rezongando.

Los hombres afectos al caso Aldridge trabajaron de firme aquel día. Fueron visitadas todas las agencias de alquiler de automóviles y a las cuatro de la tarde, después de muchas comprobaciones, Forester había reducido la relación de posibles víctimas a tres nombres, Ellen Hubbard, Pearl Moody y Linda Disney.

Inmediatamente, el equipo dedicó sus esfuerzos a establecer quién de las tres mujeres iba a ser asesinada. Las tres trabajaban en oficinas y habían iniciado sus vacaciones aquel día y las tres habían alquilado automóviles.

A las cuatro y media, el propio teniente Forester habló con Ellen Hubbard, a quien se localizó en Nueva York, donde ella se había reunido con su familia para pasar las vacaciones. Quedó descartada.

A las cinco quince, el agente Shaffy comunicó por teléfono que había hablado personalmente con Pearl Moody, una pelirroja de treinta años, que regresó a su apartamento justamente cuando Shaffy hablaba con una vecina acerca de Pearl. Ésta había invitado al policía a pasar al *living*, y le explicó que había solicitado las vacaciones para casarse con su novio que residía en Baltimore, pero que, apenas iniciado el camino se había sentido presa de la duda

respecto a su futura felicidad conyugal y había decidido demorar la celebración del matrimonio hasta pensarlo mejor.

El teniente Forester colgaba el auricular después de recibir la comunicación de Shaffy Cuando entró en el despacho Holbrook, uno de los nuevos hombres que Miller había puesto a su disposición.

—¿La tienen ya, teniente?

—No, todavía no —dijo Forester con brusquedad.

—Quizá la mía le valga. Es Linda Disney.

—¿Qué hay con ella?

Holbrook sacó el libro de notas.

—Veintidós años, morena, bonita, con buena planta...

—No soy un productor de la TV. Holbrook. Pase eso y siga adelante.

—Trabaja en la editorial de Joseph Wright. Empieza sus vacaciones hoy. Ayer alquiló un «Buick», modelo 1960 en la agencia de Digs Stone. Vive en Musser Street 184, y salió ésta mañana a las siete y media rumbo al lago Wolsboro.

—¿Sola, Holbrook?

—Sí.

—¿Localizaste algún automóvil que fuese tras ella?

—No, no encontré a nadie que se fijase en un segundo coche.

—¿Cuál es el destino de Linda Disney en el lago Wolsboro?

—Va a una cabaña. No es suya. Le dejó las llaves una de sus compañeras, Margot Edén, que trabaja también en la «Editorial Wright».

—¿Hay teléfono en la cabaña?

—No.

—¿Cuál es la ciudad más cercana al Lago Wolsboro?

—Falconville. Tiene un *sheriff*.

—¡Karret! —gritó el teniente.

Karret se disponía a llenar un vaso de agua y se interrumpió dando un suspiro.

—No me diga que continúo de servicio, teniente. Hoy es mí día libre y ese Maitland me destrozó los nervios.

—Sólo quiero que llames al *sheriff* de Falconville. Dile que una mujer llamada Linda Disney se dirigió esta mañana a la cabaña de Margot Edén, a la orilla del lago Wolsboro. Linda corre inminente

peligro de ser asesinada por un agresor desconocido. Yo me dirijo hacia allá con Holbrook y Brent. ¡Vamos, muévete! Informa luego al capitán Miller.

—Sí, teniente —asintió Karret.

Forestar hizo una señal a Holbrook, e inmediatamente, los dos abandonaron la comisaría.

CAPÍTULO III

El coche de la policía conducido por el agente Brent avanzaba por la carretera en dirección al lago Wolsboro.

El teniente Forester le pasó un cigarrillo a Holbrook y los dos encendieron con el mismo fósforo.

Holbrook sabía lo que el teniente quería. Que le explicase cómo había logrado la información acerca de Linda Disney. Pero no había abierto la boca, porque el teniente, al entrar en el coche, se había sumergido en profundos pensamientos. Pero ahora le había dado un cigarrillo y eso quería decir que podía hablar.

—Logré el primer informe en la agencia «Digs Stone». Me atendió una muchachita pelirroja que volvería loco al mismo diablo... ¿Por qué infiernos en esos negocios siempre ponen a fulanas estupendas para atender al público? Un primo mío quiso pasar quince días en Europa, llegó a una agencia de ésas y la muchacha de la información lo envió al Polo Sur.

—No divagues, Holbrook.

—Sí, teniente. Cuando le saqué la relación me metí en una cabina y me puse a investigar. El tercer nombre era Linda Disney. Atendió a mi llamada otra mujer. Dijo llamarse Margot Edén. Comparte su apartamento con Linda. Ella me dijo que Linda empezaba hoy sus vacaciones y todo lo demás. Al saber que era policía me preguntó si ocurría algo. Le contesté lo de siempre, que se trataba de una investigación de rutina.

—¿Llamaste a la editorial?

—No, señor. —Holbrook hubiese querido agregar: «Le conozco, jefe, si hubiese llamado a la editorial me hubiese dado una reprimenda. Usted lo quiere hacer todo, teniente. Muy bien. Ahí tiene el pastel. Córtelo por donde quiera; yo sólo soy el mozo que se

lo trajo a la mesa».

El teniente se hundió en el asiento.

Llegaron a un trozo de carretera donde había mucho tráfico y Brent hizo sonar la sirena.

Seis millas más allá vieron un camino con un cartel en que se leía: «Al lago Wolsboro».

Otra flecha indicaba la ruta de Falconville.

Ya no encontraron ningún coche.

Vieron algunos campos de cultivo, pero luego también éstos desaparecieron y ya sólo hubo monte y pinos.

Subieron por una empinada carretera, y cuantío llegaron a lo alto, pudieron ver el lago. Cerca de la orilla se alzaban las cabañas, pero estaban muy separadas unas de otras. Eran una media docena. Todas contaban con su embarcadero. Los rayos del sol arrancaban destellos en la superficie tranquila del lago.

Delante de la primera cabaña había dos coches, y en el embarcadero el teniente contó hasta cuatro hombres. Uno de ellos portaba sombrero *Stetson* y chaqueta de cuero.

Todos ellos se volvieron al oír el ruido del coche que se acercaba.

Brent pisó el pedal del freno.

El teniente y Holbrook saltaron cada uno por su portezuela. El hombre de la chaqueta de cuero y otro de los tipos se acercaron.

—Teniente Forester, soy el *sheriff* Sam Conrad.

Los dos hombres cambiaron un saludo y el *sheriff* presentó al hombre que estaba a su lado.

—Es Gilbert Scott, mi ayudante. Después, el *sheriff* carraspeó.

—Lo siento, Forester, pero me temo que llegamos demasiado tarde. Si teniente miró a la cabaña, La puerta estaba abierta.

—¿Está ahí?

—No, teniente. No hemos encontrado el cuerpo.

Se dirigió hacia la casa, flanqueado por el *sheriff* y Holbrook.

—¿Quiénes son los otros hombres que están en el embarcadero, *sheriff*? —inquirió Mike.

—Dickson Culver, un periodista del «Mensajero de Falconville» y Raymond Stone, fotógrafo —el *sheriff* volvió a carraspear—. Estaban en mi oficina cuando recibí el aviso. No son malas personas y me prometieron colaborar.

Holbrook sonrió para sus adentros; El corazón del teniente debía estar bombeando sangre muy aprisa. No le gustaban los periodistas.

Entraron en la casa. El *living* era muy espacioso. Un sillón aparecía volcado y la mesa fuera de su sitio. Entre el sillón y la mesa había manchas de sangre en el suelo; todavía no se había secado. Un almohadón estaba cerca de la chimenea, y en él brillaba también la sangre.

—Tengan cuidado —dijo el teniente, y Holbrook supo que lo decía por el *sheriff*.

Forester sentía prejuicios contra los policías rurales, pero tenía razón porque, en muchas ocasiones, esa gente había estropeado él escenario del crimen por husmear demasiado.

—Lo dejé todo como estaba —dijo el *sheriff* como si hubiese adivinado su pensamiento.

El teniente emitió un gruñido. Asomóse a una habitación.

Era un dormitorio. El lecho aparecía deshecho, pero no se veía ninguna prenda femenina por ningún lado. Todo lo demás estaba igual.

Forester sacó un pañuelo y abrió un armario. En el interior había unas cuantas perchas con vestidos y tres pares de zapatos.

Abrió otro armario donde vio dos bañadores, uno de una pieza y un bikini. Los dos estaban secos.

Sobre la mesilla de noche descansaba un cenicero en el que había tres puntas de cigarrillos, todas ellas manchadas de carmín.

El teniente se volvió hacia el *sheriff* que estaba en el hueco de la puerta. Holbrook seguía husmeando en la habitación.

—¿Han encontrado manchas de sangre fuera de la cabaña?

—No, señor.

—¿Qué supone, *sheriff*?

Sam Conrad se frotó la mejilla.

—Para mí está claro. El asesino mató a esa Linda Disney, cargó con ella y la tiró al lago. Mi ayudante Gilbert se disponía a arrojar al agua cuando usted llegó. Es un buen buceador. Debe estar preparándose.

El teniente salió de la habitación, pero Holbrook se quedó dentro. Sacó el paquete de cigarrillos y se lo ofreció al *sheriff*.

—No, gracias. Fumo en pipa.

—¿Conocía a Linda Disney?

—No, señor. Sólo a Margot Edén.

—¿Desde cuándo tiene Margot la cabaña?

—La compró hace un par de años. La cabaña pertenecía a Peter Lewis, un agente de bienes raíces de Falconville. Buena persona. Venía aquí los fines de semana con su mujer y sus tres hijos. Siempre hay que contar con la fatalidad. Un domingo uno de los niños se ahogó. Fue un golpe para la familia. Cerraron la cabaña y no volvieron por aquí. Al cabo de unos meses la vendieron a Margot.

—¿La conocían?

—No, señor. Margot Eden contestó a un anuncio que Peter hacía insertar en un diario de Nueva York. Cuando Peter lo sepa, se convencerá de que su cabaña está maldita.

—Hábleme de Margot Edén.

—Es una muchacha muy simpática, pelirroja, de unos veintisiete años. Es todo un tipo.

Durante el verano pasa sus vacaciones aquí. El resto de la temporada viene alguna vez.

—¿Casada?

—No; La señorita Eden es una muchacha alegre. De vez en cuando ha traído compañía, hombres. Le conocí a tres o cuatro. Ya sabe, es una de esas muchachas modernas que procuran sacar el mayor placer a la vida, pero ella misma se traza un límite. No quiere hacer daño a nadie.

—Si, *sheriff*, le comprendo. Margot Eden no ha podido matar a Linda.

—Eso mismo.

—Quiero conocer la habilidad de su ayudante.

Holbrook ya había terminado su inspección e hizo un gesto negativo al teniente.

Salieron de la casa. Tino de los hombres del «Mensajero», el que transportaba la máquina fotográfica, estaba enfocando al ayudante que en el embarcadero aparecía dispuesto a lanzarse al agua, cubierto con unos *shorts*.

—Ya tengo el pie para esa fotografía —rió Dixon Culver—. «El Tarzán de Falconville».

—Listo, Gilbert —dijo el fotógrafo. Gilbert Scott se lanzó al agua.

Fue una buena zambullida.

Holbrook miró por el rabillo del ojo al teniente, observando que ya se había hinchado la venilla de su sien izquierda. Eso era malo. Un poco más y estallaría.

Forester se detuvo en el embarcadero dando largas chupadas al cigarrillo.

El *sheriff* hizo la presentación de los muchachos del «Mensajero de Falconville», y el teniente contestó con sendos gruñidos.

El fotógrafo estaba atento al momento en que apareciese Gilbert en la superficie del agua.

Transcurrió un minuto y al fin Scott asomó la cabeza respirando a pleno pulmón.

—¿Qué pasa, Gilbert? —preguntó el *sheriff*.

—No he visto nada en el fondo, pero está muy oscuro debido a la tormenta de anoche.

Cayó mucha agua y se removió el fondo. Va a resultar un poco difícil.

Se sumergió otras cuatro veces, pero tampoco obtuvo resultados. Finalmente subió por una escalerilla al embarcadero.

—Jefe, he pensado con una solución mejor. Déjeme que vaya a Falconville y me traeré a cuatro buceadores del Club Deportivo. Aquí hay faena para unos cuantos hombres.

—*Sheriff*— dijo Forester. —¿No hay aquí una barca?

El *sheriff* y su ayudante se quedaron de muestra. Gilbert volvió los ojos hacia el embarcadero.

—Caramba, jefe, es cierto —dijo—. La barca ha desaparecido.

El *sheriff* sacudió la cabeza y miró a Forester un poco molesto por no haber sido él el que descubriese el detalle.

—¿Qué clase de barca era? —preguntó el teniente.

—Tenía dos remos, pero también contaba con un motor fuera de borda. Naturalmente, el motor no se ponía en la lancha salvo cuando iba a ser utilizado. La señorita Eden lo guardaba en la cochera.

Forester miró a la cochera. Las puertas aparecían cerradas.

—Está el candado puesto —dijo el *sheriff*—. Y no parece haber sido descerrajado. El asesino tuvo bastante con los remos para llevar el cadáver al interior del lago.

—Demonios, jefe —repuso Gilbert—. Si hizo eso podrían pasar

quince o veinte días antes de dar con el cadáver. El lago es muy grande... Ni siquiera sabemos dónde pudo dejarlo caer.

—¿Qué se le ocurre, teniente? —preguntó el *sheriff*.

Forester estaba mirando su coche. Brent no estaba a la vista, pero Holbrook había salido de la casa y examinaba el porche.

—Me parecerán buenas todas las medidas que adopten para rescatar el cadáver.

—Ya lo has oído, Gilbert —dijo el *sheriff*.

—Teniente —intervino el periodista Dixon—. ¿Me puede hablar de la personalidad de la asesinada?

—Lo siento, Dixon, pero no puedo agregar nada a lo que ya sabe.

—Ustedes, los policías de la ciudad nunca colaboran, pero siempre se pasan el tiempo pidiendo que nosotros les echemos una mano.

El teniente miró la cara de Dixon. Era de cabello rubio, facciones cínicas. Sus ojos brillaban regocijados. Parecía que todo aquello le divertía mucho.

—Eso es todo, Dixon —concluyó.

Dixon le mantuvo la mirada con insolencia. Luego se volvió hacia el fotógrafo.

—Te quedas aquí, Stone. Yo también me marchó, aunque volveré pronto. El *sheriff* estaba dando instrucciones a su ayudante en voz baja.

Forester aprovechó aquel momento para ir al encuentro de Brent, que había aparecido por detrás de la cabaña.

—¿Alguna cosa?

—Nada, teniente. Llovió mucho, aunque la tierra embebió toda el agua. Por otra parte, el suelo está cubierto por una gran capa de agujas de pino.

Forester hizo chasquear los dedos y Holbrook bajó del porche.

—Te quedas aquí, Holbrook. Yo me voy con Brent.

—¿Va a traer los chicos del laboratorio?

—No quiero pelear con *el sheriff*. Pero abre bien los ojos.

—Sí, jefe. Los tendré bien abiertos —contestó Holbrook ahogando un bostezo—. Perdona.

—¿Viste la cocina?

—Sí, pero todo estaba en orden, salvo que en una de las piletas

había dos platos y parecían haber comido en ellos. También hay un frigorífico. Lo abrí y dentro descubrí un par de botellas de cerveza.

—No te bebas ninguna.

—Si tengo sed, beberé agua. Dicen que la de esta región es buena para el hígado. El teniente se volvió al oír los pasos del *sheriff* a su espalda.

Sam Conrad se detuvo frotándose el cogote.

—Oiga, teniente, no es que quiera interponerme en su camino, pero, usted ya sabe...

—Oh, no se preocupe, no tendremos problemas por eso. Es su jurisdicción.

—Gracias. No contamos con los medios que ustedes en la ciudad, pero tampoco me puedo quejar. Andy Hougron es un buen técnico de laboratorio. Fue a hacer un cursillo a Nueva York hace un año. Siempre ha sentido afición por estas cosas, y ya puede estar seguro de que no pasará nada por alto. Naturalmente, esto no quiere decir que no aprecie su ayuda, teniente.

—Sí, *sheriff*, puede contar con ella. Ahora he de regresar, pero le dejo un hombro por si lo necesita. Es Tim Holbrook, un chico eficiente.



Holbrook se esponjó al oír aquello.

—Eh, señor Conrad —dijo Forester—. Usted ya habrá pensado en ello, pero sería muy útil supiésemos los movimientos que ha habido la noche pasada por este camino —señaló las cabañas que había al fondo.

—Ninguna de esas cabañas está ocupada —respondió el *sheriff*—. Pero ya había pensado ese lado de la encuesta.

El teniente sacudió la cabeza y se metió en el coche. Brent ya estaba al volante. El vehículo dio la vuelta y corrió por el camino alejándose de la cabaña.

Brent dio un suspiro.

—Si yo estuviese en su lugar, jefe, no confiaría mucho en ese

sheriff...

CAPÍTULO IV

Joseph Wright era un hombre de talla mediana, cara redonda y ojos saltones.

—¿En qué puedo serle útil, teniente? —dijo con una sonrisa cuando Forester ocupó un sillón de cuero.

—Quería hacerle unas preguntas con respecto a una de sus empleadas, Linda Disney.

—¿Qué le pasa a la señorita Disney?

—Nada, señor Wright. Ya sabe, en el curso de una investigación interrogamos a mucha gente.

La sonrisa se heló en los labios de Wright.

—Muy bien, teniente. Puedo informarle. La señorita Disney entró aquí hace dos años o quizá un poco menos. Necesitábamos una dactilógrafa y pusimos un anuncio es el diario. Se presentaron muchas. Yo las examiné personalmente. Siempre me he preocupado por el personal que ha de trabajar en nuestro negocio. Hay muchachas que son buenas dactilógrafas, pero la mayoría de ellas tienen algún fallo. Éste es un negocio especial. Estamos en contacto con mucha gente. Nuestra editorial está dedicada a las publicaciones populares, ya sabe, libros de bolsillo y semanarios de aventuras. Tenemos muy en cuenta el gusto del público. No se puede imaginar lo variable que es... Bueno, no sé para qué le cuento esto. Usted ha venido para saber cosas de la señorita Disney... Justamente ha iniciado hoy sus vacaciones, pero de todas formas lo comprobaré.

Dio la vuelta a la llave de un dictáfono.

—Señorita Lard —dijo por el micro—. ¿Está aquí la señorita, Disney?

Forester había visto a la señorita Lard al entrar. Era una morena

esbelta, de ojos muy vivaces. Parecía más una modelo que una empleada de oficina, pero los grandes hombres de negocios se preocupaban más por tener a su lado una modelo que una secretaria.

—No se encuentra en la casa, señor Wright. La señorita Disney se despidió ayer. Hoy ha iniciado sus vacaciones.

—¿Sabe dónde fue?

—No, señor, pero la señorita Disney es muy amiga de Margot Edén.

—Muy bien. Dígale a la señorita Eden que se presente en mi despacho.

—Lo siento, señor Wright, pero es la hora del almuerzo. Hace cinco minutos que se marchó. Acostumbra a almorzar en el bar Hopalong, una manzana más arriba.

—Gracias, señorita Lard. —Wright cerró el circuito y miró al teniente—. Ya lo ha oído.

—Iré a ver a la señorita Eden al bar Hopalong. ¿Qué tal es Linda Disney?

—Una gran muchacha, muy trabajadora. Está realizando una buena labor en el departamento de ventas.

—¿Cómo se lleva con los empleados?

—Magníficamente.

—¿Se ha relacionado con alguno en especial?

—Bueno, señor Forester, eso es una cosa que no me gustaría que ocurriese en mi negocio. Por ello también tengo cuidado en elegir a mis colaboradores masculinos. Es posible que, fuera de las horas de trabajo, ellos y ellas se vean, pero eso me tiene a mí sin cuidado. Lo que quiero decirle es que ignoro absolutamente que la señorita Disney haya intimado con alguno de los muchachos.

Forester se puso en pie.

—Gracias por todo, señor Wright. Quizá sea necesario le haga otras preguntas.

—¿No me va a dar ninguna explicación de este interrogatorio?

—Ya le he dicho que no ocurre nada.

—Si ésa es su actitud, teniente, permítame que proteste. Usted viene aquí y hace preguntas acerca de una de mis empleadas. Creo que tengo derecho a conocer de qué se trata... De todas formas, consultaré con mi abogado.

—Está bien, señor Wright. Tiene derecho a saberlo.

—Eso es lo que yo creía.

Forester se sintió irritado por el tono que empleaba ahora Wright, pero no quería crearse complicaciones. Ya tenía bastantes con las que surgían en aquel caso.

—La señorita Disney ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Se dirigía a la cabaña de Margot Eden en el lago Wolsboro para pasar sus vacaciones.

—¿Quién iba con ella?

—Según nuestras noticias, viajaba sin compañía... Forester se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir volvió la cabeza y miró a Wright, notando que su cara se había puesto muy pálida.

La señorita Lard estaba cerrando los cajones de su mesa.

—¿Me quiere dar una descripción de Margot Edén, señorita Lard? Quiero ir al bar Hopalong para hablar con ella.

—Mide uno sesenta y siete aproximadamente, de cabello rojizo, ojos castaños, nariz recta y pómulos hundidos. Hoy vino con un jersey azul y falda gris.

—Gracias. ¿Almuerza usted en el bar Hopalong?

—No. Yo lo hago en el automático de Nesterm, en dirección opuesta al Hopalong. Minutos más tarde Forester entraba en el bar Hopalong.

Descubrió enseguida a Margot Eden gracias a la descripción que le había hecho la señorita Lard. Pero Margot no estaba sola, le hacía compañía un hombre rubio, alto, de fuerte constitución. La joven estaba riendo alguna cosa graciosa que le había contado el rubio y los dos se interrumpieron cuando él, Mike, se detuvo ante la mesa.

—Soy el teniente Michael Forester —mostró su credencial. Los dos jóvenes habían quedado sin habla.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego, teniente —dijo Margot Edén—. Le presento a Ernest Dillard, un compañero de trabajo.

El rubio tendió su mano, que Forester estrechó.

—Es el segundo teniente de policía que conozco —rió Dillard—. El otro fue un tal teniente Waldo. Lo conocí hace cuatro años. Yo trabajaba entonces para la «Editorial Atenea», libros de arte, pero

luego se descubrió que la jefa se dedicaba en los ratos libres a editar postales no *muy* santas —soltó una risotada.

Forester no rió, ni tampoco Margot, por lo que el rubio se quedó solo y poco a poco fue quedando serio.

—¿De qué quería hablarme, teniente? —inquirió Margot.

—De su amiga Linda Disney.

En la cara de Margot apareció una sombra de temor.

—¿Le ha ocurrido algo?

—¿Vio esta mañana a su amiga?

—Desde luego. Se despertó muy temprano y me llamó alrededor de las seis para despedirse. Iba a pasar sus vacaciones eh mi cabaña. Había alquilado un coche... ¿Ha sufrido algún accidente?

—Todavía no lo sabemos. Su amiga ha desaparecido. Dígame, señorita Edén, ¿desde cuándo conocía a Linda?

—La conocí en la editorial. Ella llegó hace un par de años respondiendo a un anuncio.

—Sí, ya he hablado de ello con su jefe. Al parecer, usted y ella congeniaron.

—En aquella época yo trabajaba en el departamento de ventas, justamente donde Linda fue incluida. Me gustó por su sencillez. Linda tiene motivos para presumir de su físico, pero jamás lo ha hecho.

—¿Qué le contó de su vida hasta el momento en que se conocieron?

—Procedía de un pueblo de Vermont. Sólo vive su madre. Tiene dos hermanos, uno que regenta una estación de servicio y otro que es bibliotecario de la Universidad. Ahora recuerdo el nombre de la ciudad, es Vorthingdale... Linda estudió Filosofía. Su padre había sido profesor de la Universidad. Con el tiempo quería aspirar a una cátedra, pero entonces surgió lo de su madre.

—¿Qué le ocurrió a su madre?

—Se quiso casar otra vez. El novio era el dueño de unos almacenes. Para Linda fue una bomba. Quiso quitarle la idea de la cabeza a su madre, pero ya el asunto estaba decidido, de modo que Linda hizo las maletas y se vino a Nueva York.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tres años.

—¿Cómo le fue en Nueva York durante el primer año?

—Tenía unos seiscientos dólares ahorrados y se hospedó en una pensión.

—¿Le dijo cuál?

—Sí. La patrona es una tal Frances Sullivan. Los huéspedes no son tipos de fiar. Uno de ellos, un tal Dicke Flower se quiso tomar demasiadas libertades con Linda y tuvieron una pelea. A los pocos días de estar aquí Linda, se colocó con un anticuario, Eneas Grayson. Tiene su negocio en la calle 22. Al parecer, también el señor Grayson se sintió tentado por los encantos de Linda y se quiso aprovechar, pero eso ocurrió cuando Linda llevaba casi un año trabajando con él. Durante dos semanas se dedicó a buscar trabajo pero esta vez quería una cosa más segura. Leyó el anuncio de nuestra editorial solicitando una empleada y se presentó.

—¿Cuándo le sugirió usted que viviesen juntas?

—Creo recordar que fue a los cuatro meses de habernos conocido. Linda me había dicho que cada día le gustaba menos la pensión y que estaba dispuesta a marcharse. Mi apartamento era demasiado grande para mí de modo que la invité a que viniese conmigo y ella aceptó encantada. Sólo me falta agregar que nos hemos llevado muy bien. Linda es una magnífica compañera. Pero, teniente, me está usted poniendo nerviosa. ¿Por qué no me dice lo que ocurre?

—Me temo que la señorita Disney ha sido asesinada.

Margot se quedó quieta y el rubio Dillard dio un salto en la silla.

—¿Asesinada, teniente? —exclamó.

—Por favor, no levante la voz.

—Perdone, teniente, pero es que hay cosas que sobresaltan a uno. Forester no apartaba los ojos de la cara de Margot.

—¿Quién ha podido hacerlo, señorita Edén?

—Es imposible... ¿Quién iba a querer matar a Linda?

—Cualquier persona puede matar, señorita Edén. Usted misma acaba de citar dos personas con las que por una u otra razón la señorita Disney no simpatizó, ese Grayson y Flower. Puede haber alguien más. ¿Qué clase de vida hacía Linda fuera de las horas de oficina?

—Se iba a nuestro apartamento. Yo trataba de convencerla para que viniese conmigo a divertirse, pero casi nunca aceptaba. Ella estaba trabajando en un libro sobre supersticiones y hechicerías en

Vermont durante los siglos XVII y XVIII. Le gustaban esos temas. Últimamente hizo amistad con un especialista del género. Es un colaborador de la editorial. Cliff Bates. Salió algunas veces con él.

—¿Conoce su dirección? Margot se la dio, agregando:

—Ayer Linda estuvo con Cliff. La invitó a cenar.

—¿Por qué Linda hizo las vacaciones en esta época?

—Las solicitó porque quería terminar su libro. Fue ella quien me habló de mi cabaña. Dijo que allí estaría tranquila. Le advertí que tendría que ir a Falconville por la comida. Por eso alquiló un automóvil en la agencia de Digs Stone.

—¿Cuántos días pensaba estar en el lago?

—Una quincena. Los otros cinco días que restaban de sus vacaciones los pasaría en Nueva York.

—Escuche bien ahora, señorita Edén. Me gustaría saber cuántas personas conocían la intención de Linda de ir a su cabaña.

Forester miró al rubio, el cual saltó otra vez de la silla.

—Yo lo ignoraba, teniente.

—¿He dicho yo que lo supiese?

—Pero tiene usted una forma de mirar... Margot había quedado pensativa.

—Creo que sólo lo conocíamos dos.

—¿Cliff Bates y usted?

—Sí, teniente.

Forester se puso en pie.

—Quiero hacerles un ruego. No digan a nadie lo que hemos hablado aquí.

—Pero, teniente, no me ha dicho nada acerca de Linda... ¿Dónde está?

Forester le contó todo lo que sabía acerca del caso. La conversación que Fanny Aldridge había escuchado tras de la valla y la investigación realizada para localizar a la presunta víctima. Cuando llegó a la parte de la cabaña, Margot Eden se sintió mareada.

—Pobre Linda... Acabar así... Una persona debe odiar mucho a otra para hacer una cosa como ésa.

—Sí, señorita Edén. Es lo que ocurre siempre. Sólo mata aquella persona que tiene una gran capacidad para odiar. Pero no sé de nadie que en algún momento de su vida haya odiado intensamente

a alguien...

Seguidamente, el teniente abandonó el bar.

CAPÍTULO V

Forester apretó el timbre de la puerta y esperó. Transcurrieron un par de minutos y volvió a pulsar el timbre.

—Ya voy —oyó una voz varonil desde el interior.

Le abrió un tipo de unos treinta años que se cubría con un pijama. Su cabello estaba revuelto y se restregaba el ojo derecho.

—¿Qué quiere?

Mike le dijo quién era.

—¿Policía?... —dijo Cliff Bates—. Oiga, nunca corro por encima de la velocidad permitida...

Forester entró en el apartamento. No había mucho orden en el *living*. Vio sobre un sillón una gabardina y un sombrero. En la alfombra observó unas manchas de barro.

Forester tomó una revista de un sillón. En la primera página, un hombre de poderoso tórax corría aventuras en un país imaginario.

—¿Sigue las aventuras de Jim Polo? —oyó decir a Bates—. Entonces, le diré un secreto. Lo mataré en el próximo episodio. Mi editor pondrá el grito en el cielo. No querrá publicar la historieta. Yo pasaré un rato divirtiéndome y al final tendré que hacer lo que él diga.

—¿Qué otras cosas hace, Cliff?

—También soy autor de «La mujer pantera», pero no tiene tanto éxito como «Jim Polo».

Bates abrió un armario y extrajo una botella de *whisky* y dos vasos.

El teniente hizo un gesto negativo y Cliff guardó un vaso y sirvió una ración en el otro.

—Sí, teniente, aquí me tiene, dibujando para los niños... Bueno, también hay tipos sesudos que gozan con «Jim Polo», pero no lo

quieren admitir. Sería nocivo para su buena fama.

—¿Y qué tiempo dedica a las hechicerías y supersticiones en Vermont entre los siglos XVII y XVIII?

Bates iba a beber otro trago, pero se interrumpió. Miró a Mike con los ojos entornados y de pronto soltó una risotada.

—De modo que sabe eso...

—¿Ha ayudado mucho a la señorita Disney en su libro?

—Lo crea o no, le he aportado unas cuantas ideas y ella estuvo de acuerdo en que darían mucho juego en su libro.

—Las inventó, ¿eh? Para usted resultaría fácil teniendo en cuenta su imaginación.

—La diré un secreto, teniente. Las ideas que aporté al libro de Linda son completamente ciertas. Lo crea usted o no, mi familia procede de Vermont. No lo cuente a nadie, pero una de mis antepasadas fue quemada viva por brujería. Siempre he dicho que un día me tenía que dar una vuelta por esas antiguas casas de Vermont. Quizá en alguna de ellas encuentre un cuadro de la heroína. Sería capaz de comprarlo a cualquier precio. No todo el mundo puede presumir de tener en la familia a una bruja.

¿No le parece? ¿La tiene usted, teniente?

—¿Dónde estuvo ayer por la tarde, Cliff?

Bates bebió un trago y sonrió al policía.

—Eh, teniente, ¿soy sospechoso de algo?

—Quizá sí.

—¿De qué?

—Del asesinato de Linda Disney.

—¿Qué broma es ésa, teniente?... Ah, claro que no... No puede ser una broma. Usted es un policía y está en acto de servicio... Por eso no aceptó mi invitación... Soy muy torpe, ¿verdad?

—Parece que no le ha producido mucha impresión.

—¿Qué quiere que haga, teniente? ¿Debo desmayarme? ¿Dar un salto y arrojar el *whisky* del vaso? ¿O quizá espera que me eche en el diván y me ponga a sollozar cubriéndome la cara con las manos?

—Todavía no ha contestado a mi pregunta.

—Al parecer soy el último que la vio viva, ¿eh?

—No lo sé.

—¿Dónde la encontraron muerta?

El teniente se puso en pie dejando el magazine en el sillón. Se

fue acercando lentamente a Bates mientras se apretaba el puente de la nariz.

De pronto soltó la mano izquierda.

Bates recibió la bofetada en la cara y golpeó contra el respaldo de un sillón. El vaso cayó en la alfombra desparramando el *whisky*.

Cliff Bates agrandó los ojos.

—¿Qué ha hecho, teniente?

—No me gustan los tipos cínicos. Me repelen cuando los oigo hablar.

—No puede pegar a un sospechoso, teniente. Usted lo sabe. Acaba de contravenir la ley.

El teniente movió la cabeza.

—Sí, Bates, pero eso va a quedar entre usted y yo. ¿Verdad que sí?

—No estoy muy seguro de ello.

—No empiece a quemarme otra vez la sangre, Cliff, y conteste de una vez a mis preguntas. Hágalo y le irá mejor.

—Muy bien, sabueso. Invité a cenar ayer por la tarde a Linda.

—¿Dónde fueron?

—Al «Old Joe», en la calle 42.

—¿A qué hora entraren y a qué hora salieron?

—Llegamos allí sobre las siete y salimos a las ocho y media.

—¿Dónde habían quedado citados previamente?

—En la puerta del teatro «Emporium». Yo estaba allí cuando ella llegó. Lo hizo con cinco minutos de retraso.

—Cuénteme lo que pasó durante esa cena.

—¿Qué iba a pasar?... Nada.

—¿De qué hablaron?

—De su libro.

—¿Intenta convencerme de que realmente hizo amistad con Linda y salía con ella para hablarle de supersticiones y hechicerías?

Bates alcanzó otro vaso y se sirvió una nueva ración de *whisky*.

—Conteste —dijo el teniente.

—Está bien. Me gustaba. Era una mujer hermosa y bonita. Nos conocimos en la editorial. Yo iba por allí a entregar mis trabajos. Intenté pegar la hebra unas cuantas veces, pero se mostró difícil. Sí, señor, era un hueso. La invité a que saliese conmigo, pero siempre me dio una respuesta negativa. La envié mentalmente al infierno,

pero hace un par de meses Margot me dijo que Linda estaba escribiendo ese libro. En otro tiempo también a mí me había gustado el tema, de modo que pensé podría llegar hasta Linda hablándole de su especialidad. No me equivoqué. Me di cuenta de que mis sugerencias las encontraba interesantes. Fue entonces cuando empezamos a salir.

—¿Cuándo se le insinuó usted?

—¿Eh?

—Me ha oído perfectamente, Cliff. Bates apretó los dientes con fuerza.

—Hace una semana en el «Old Joe». Le dije que era la mujer de mi vida, pero, al parecer, no puse demasiado entusiasmo.

—La respuesta de Linda fue negativa, ¿eh? Cliff concedió con la cabeza.

—Pero usted siguió en la brecha. ¿Por qué, Cliff? ¿Tenía esperanzas de que ella pudiese cambiar?

—En un principio fui con la chica para divertirme, pero luego comprendí que me había calado hondo.

—No me diga.

—Puede reírse lo que quiera, teniente, pero fue así.

—¿Qué ocurrió anoche durante la cena?

—Nada de particular.

—¿De qué hablaron?

—Ella se refirió a su eterno tema, ese condenado libro que estaba escribiendo. Había pedido sus vacaciones para terminarlo.

—¿Le dijo dónde lo iba a acabar?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la cabaña que Margot Eden tiene en el lago Wolsboro.

—¿Conoce esa cabaña, Cliff?

—Sí. Fui un par de veces, allí con Margot.

—¿Sólo con ella?

—Sí, solo.

—Es usted todo un tipo... De modo que también Margot.

—Es una chica muy divertida. Con ella siempre se pasa bien. — Cliff sonrió—. Quizá es lo que le conviene a usted para cambiar de carácter. Le encontraría un nuevo sabor a la vida.

—Durante la cena volvió a acosar a Linda.

—Yo no lo llamaría así.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Lo que siempre se dice en esos momentos, que el mundo es un asco y que un hombre y una mujer pueden pasarlo bien si los tíos están de acuerdo, al menos durante media hora.

—Pero ella lo envió nuevamente al infierno.

—Es posible.

—¿La acompañó a su casa?

—Claro que sí. Soy un caballero. Me despedí en la puerta de su casa. Fue la última vez que la vi. Luego me largué al bar de Summerville, en la calle 63 Este.

El teniente conocía el bar de Summerville. En él se reunía gente de conducta dudosa, hampones, jugadores profesionales... No, no se podía decir que el bar de Summerville gozase de una brillante clientela.

—¿Con quién habló allí?

—Con los amigos.

—¿Quiénes son sus amigos?

—Lou Drive y Thomas McGar.

—Parece que selecciona sus amistades. Lou Drive, un estafador y Thomas McGar, un tipo de la misma cuerda, aunque se dedique al truco de vender terrenos imaginarios.

—¿Eso hacen? —dijo Cliff—. No lo sabía. Yo sólo sé que juegan al póker.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Un par de horas. Desde las nueve hasta las once.

—¿Jugaron?

—Sí. Al póker.

—Usted, McGar, Lou Drive y, ¿quién más?

—Había un cuarto tipo. Nunca lo había visto... No recuerdo su nombre.

—El primo.

—¿Eh?

—El palomo que debían desplumar. Usted estaría de acuerdo con McGar y Lou.

—Se equivoca, teniente, yo perdí.

—Desde luego, perdió. Pero ellos le devolvieron lo que había perdido y le dieron un tanto por haber colaborado en el sacrificio

de la oveja.

—Me está usted ofendiendo, teniente.

—Usted tiene la piel muy dura y me temo que no le pueda ofender una palabra más o menos.

—¿Qué tiene contra mí, teniente? Hable claro de una vez.

—Asesinaron a Linda y usted es mi mejor sospechoso.

Cliff permaneció unos instantes mirando al policía sin decir nada.

—No puede estar hablando en serio, teniente. ¿Cree que voy matando por ahí a todas las mujeres que me rechazan?

—Imagino que tendría otro motivo en el caso de Linda.

—¿Qué motivo?

—Es lo que yo quisiera saber.

—Entonces apunte a otro lado, teniente. No tenía ninguna razón para matar a esa muchacha.

—El asesino no actuó por su propia mano. Contrató a un profesional para que realizase el trabajo. ¿Lo comprende, Cliff? Usted pudo estar jugando al póker mientras su hombre hacía el trabajo. Pero antes le dio el encargo. Se encontró con el asesino en un callejón, cerca del número 232 de Canal Street. Al fondo hay un solar. Usted y el tipo se pusieron a hablar tranquilamente. Usted dijo dónde debería ir para matar a Linda Disney, a la cabaña del lago Wolsboro. Conozco alguna de sus frases. Usted dijo: «Será un trabajo fácil porque ni siquiera tendrás que arriesgarte».

—No sé de qué me está hablando, teniente.

—Esto ocurrió cuando ya había anochecido. Poco antes de la seis.

—¿Qué fantasías me intenta colocar? A esa hora iba yo en mi coche hacia el teatro «Emporium», donde había quedado citado con Linda.

El teniente dio unos pasos y Cliff saltó, gritando:

—No me vuelva a poner las manos encima, teniente.

No lo haga o le juro que le daré un escarmiento. Tengo unos cuantos amigos.

—Si, ya sé, Lou Drive y Tom McGar.

—Se equivoca. También conozco a gente que significa algo en esta ciudad. Pégueme otra vez y le pondré en un atolladero.

—No. Cliff. No le voy a pegar.

—Eso está mejor.

—Voy a comprobar su coartada minuto por minuto y, si me ha engañado, le juro que voy a ser yo quien le de un escarmiento.

—Puede comprobar cuanto quiera. No le tengo miedo.

Mike quedóse mirando un rato la cara de su interlocutor. Finalmente dio media vuelta y salió del apartamento sin agregar otra palabra.

CAPÍTULO VI

Mike descolgó el auricular y marcó el número de la comisaria Al cabo de un rato oyó la voz de Brent.

—¿Cómo van las cosas por el lago Wolsboro? —preguntó Forester.

—Hallbrook hizo una llamada hace cosa de diez minutos. El *sheriff* logró la colaboración del Club Deportivo Marítimo de Falconville. Se han juntado media docena de hombres rana, pero hasta ahora no encontraron el cadáver de Linda.

—¿Qué hay de la barca?

—Tampoco ha sido hallada y el *sheriff* empieza a considerar que el asesino la hundiese con la chica dentro.

—¿Cuántos muchachos hay por ahí?

—Sólo Rivero y Franch. Los demás seguimos ocupándonos del asunto de «*Baby*» Norton. Tampoco tenemos noticias. Shaffy y Kendall están vigilando a Maitland, pero hasta ahora no ha dado resultado.

—Tengo trabajo para vosotros, Brent. Quiero conocer lo que hizo ayer por la tarde un tipo cuyo nombre es Cliff Bates, dibujante de la editorial Wright —dio la dirección de Bates—. Que se encargue de eso Rivero. Franch ha de largarse al bar de Summerville. Cliff Bates me ha asegurado que estuvo jugando una partida de póker en ese local con Thomas McGar, Lou Drive y un primo.

—¿McGar y Drive? ¡Qué pareja!

—Tú te dedicarás a hacer una comprobación en el bar «Old Joe». Cliff Bates y Linda Disney estuvieron allí entre las siete y las ocho y media. Echa una ojeada al archivo por si tenemos algo acerca de Cliff Bates, un anticuario llamado Eneas Grayson y un tal

Duke Flower.

—¿Duke Flower...? Me suena.

—¿De qué?

—No lo sé ahora pero apuesto a que es un punto.

—Hace un año estaba alojado en la pensión de Frances Sullivan, donde también se hospedaba Linda Disney, Pero yo me pasaré por la pensión. Moveos aprisa.

—Sí, jefe. A propósito, el capitán Miller preguntó por usted.

—¿Qué quería?

—No me lo dijo, pero *se lo puede imaginar*. La Prensa está indignada porque la policía no haya podido capturar todavía a «Baby» Norton. ¿No leyó el Star?

—No.

—Dicen que un perro rabioso se encuentra circulando libremente por la ciudad. ¿Le recuerda eso algo...?

Forester colgó de un golpe.

Veinte minutos después empujaba una puerta que hacía sonar una campanilla. El negocio de antigüedades de Eneas Grayson estaba envuelto en la penumbra.

Al fondo, a la derecha, estaba el mostrador y tras él una joven que cubría el desarrollado busto con un jersey de color verdoso.

—¿En qué puedo servirle? El teniente se detuvo.

—Quiero hablar con su patrón.

—Lo siento, pero el señor Grayson se encuentra enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Creo que comió demasiado anoche y no le sentó muy bien.

—¿Lo visitó el doctor?

—No.

—¿Está aquí Grayson?

—Sí, pero le aseguro que no puede verlo.

Mike enseñó su credencial y cuando la joven la hubo visto bien, la guardó en el bolsillo y echó a andar hacia la puerta del fondo.

—Espere, yo le anunciare.

—No hace falta, señorita.

Mike cruzó por el hueco e internóse por un corredor.

Abrió una puerta y se encontró en la estancia donde había un hombre sentado en un sillón. Leía tranquilamente el diario.

Eneas Grayson frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era

de cabello rubio y ojos saltones, carirredondo. Se cubría con un batín largo, marrón y con zapatillas del mismo color.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?... Le dije a Mary...

—Sí, que estaba usted enfermo. Una indigestión. Grayson entornó los ojos.

—¿Nos hemos visto alguna vez?

—No.

—Si trae algo para vender tendrá que dejarlo para otro día.

—Soy el teniente Forester. Policía.

Grayson dobló el diario y lo dejó a un lado, sobre una pequeña mesa.

—Oiga, teniente, si he comprado algo que ha sido robado, le aseguro que habrá sido porque me engañaron. Jamás compro nada que proceda de un delito. Siempre tomo mis medidas. Puede preguntar al capitán Pembelton de la comisaría 14. Él puede avalar mi honradez profesional.

—No he venido por ese motivo.

—¿De qué se trata entonces?

—¿Trabajó para usted una joven llamada Linda Disney? Grayson se mordió el labio inferior.

—Claro que sí, aunque no llegó a estar aquí un año. ¿Le ha pasado algo?

—¿Por qué se marchó de aquí la señorita Disney, señor Grayson?

—Hay cosas de las que preferiría no hablar. Soy un hombre de una moralidad intachable... Tengo una esposa y tres hijos y hay cosas que un hombre como yo no puede permitir.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué haría usted si tuviese como empleada a una joven hermosa, bonita, una muchacha que le estuviese constantemente provocando...? Si usted tiene conciencia de sus deberes familiares, naturalmente la podrá rechazar en un principio, todo es cuestión de sentido de responsabilidad. Pero examinando fríamente las cosas, uno puede llegar a la conclusión de que no siempre será uno santo, de que cualquier día se producirá la explosión —hizo una pausa cabeceando—. Sí, teniente. Así era Linda Disney.

—De modo que ella le provocaba.

—Y no sabe usted de qué forma.

—Cuéntemelo entonces.

—Todas empiezan lo mismo. Primero con las miradas. Luego, de vez en cuando, algún tropiezo en el corredor, en el local del negocio... tino no es de piedra... Soy de carne y hueso como los demás Pero quiero a mi mujer, ¿lo oye, teniente?... Y también quiero a mis hijos... Los quiero mucho. ¿Por qué hace uno todos los sacrificios?... ¿Es usted casado, teniente?

—No.

—Entonces, no lo puede saber.

Mike notó que Eneas olía a perfume. Parecía un hombre satisfecho. No, no mostraba el menor síntoma de encontrarse enfermo.

—¿Qué pasa con la señorita Disney, teniente?

—Nada que esté relacionado con usted. Grayson dio un suspiro y sonrió.

—Bueno, eso resulta confortable... Pensé por un momento que ella me había metido en algún lío.

—Puede estar tranquilo... Ah, señor Grayson, ¿me permite lavarme las manos? Me manché con el coche... Oí un ruido en el motor y quise ver lo que era. Pero no entiendo mucho de mecánica.

—Primera puerta a la izquierda.

Mike entró en el cuarto de baño. A la derecha había unas cortinas de plástico que cubrían la ducha. Justo sobre la barra vio tendidas un par de medias. En uno de los estantes tomó un lápiz de labios. Era el color que había visto en la boca de la empleada de Grayson. Sobre tina silla descubrió una caja de cartón rodeada por un lazo azul. Abrió la caja. En el interior había una combinación negra que conservaba la etiqueta. Salió de la habitación con la caja de la combinación a la espalda.

Eneas Grayson se puso en pie sonriéndole.

—Celebro haberle conocido, teniente. Le hablaré de usted al capitán Pembelton. El sabrá que es usted un buen muchacho.

—Me temo que no le dirá eso.

Grayson hizo una mueca de perplejidad.

—Mary también lo provocó —continuó el teniente.

—No le comprendo.

—Lo debió hacer con mayor éxito que Linda Disney y puso tal arte que se ganó un regalo. —Forester exhibió la caja que contenía

la combinación negra.

—Teniente, ¿qué está pensando?

—Vi dentro sus medias, el lápiz de labios... También habrá otras cosas, pero no quise seguir buscando.

—Usted no puede pensar que yo...

—¿Que es usted un embustero, señor Grayson?... Pues sí, lo pienso. Me ha mentido con respecto a Liada Disney. No fue ella quien lo provocó a usted.

—¡Señor Forester!

—Usted la persiguió como ha perseguido a la muchacha que está ahí fuera. Sólo hubo una diferencia entre los dos. Linda no aceptó sus ofertas, sus promesas, sus regalos... Ella prefirió marcharse cuando su situación llegó a ser insostenible... Me di cuenta de todo apenas lo vi. Usted está enfermo, ¿eh? Comió demasiado anoche y sufrió una indigestión y aquí se encuentra con ese batín, reluciente como una serpiente después de haber devorado una víctima.

—Teniente, ahora mismo llamaré al capitán Pembelton.

—Ande, llámelo, dese prisa. Luego haré una llamada yo a su mujer.

Eneas ya tenía la mano en el auricular pero, al oír las últimas palabras de Forester, se interrumpió.

—Usted no será capaz de hacer eso.

—Pruebe a llamar al capitán Pembelton.

Grayson retiró la mano del auricular y se pasó el dorso por la mejilla. Forzó una sonrisa.

—Bueno, creo que los dos nos hemos excitado un poco.

—¿Cuándo vio a Linda?

—Jamás la he vuelto a ver desde que se marchó de aquí.

—Otra vez está mintiendo y quiero advertirle una cosa para que desista de su actitud.

Linda está muerta.

—¿Muerta?

—La asesinaron.

—Dios mío —exclamó Grayson y se dejó caer en el sillón que ocupara antes—. Usted no creerá que yo...

—¿Por qué no lo he de creer?

—Soy inocente, señor Forester.

—Naturalmente. Usted es inocente de la muerte de ella y de lo

que ocurre con las muchachas que se presentan en su negocio... Claro, uno es de carne y hueso y no puede resistir las provocaciones de ellas, sus miradas, sus tropiezos.

Grayson había empezado a sudar. Sacó un pañuelo con el que se enjugó la frente.

—¡No tengo nada que ver con la muerte de Linda Disney!

—Le pregunté antes cuándo se vieron por última vez.

—Todo fue casual. La vi hace dos días.

—¿Dónde?

—En su apartamento.

—Y dice que fue casual.

—Fui a consultarle una cuestión del negocio.

—¿Qué es lo que le consultó?

—Durante la época que ella permaneció aquí vendí un candelabro que perteneció a Catalina la Grande de Rusia... Yo no entendía muy bien la letra de Linda. La anotación con respecto, a la venta de ese candelabro era un verdadero jeroglífico. Quería conocer las características de la pieza. No aparecían muy claras en el libro, de modo que por eso fui al apartamento de Linda.

—Miente nuevamente, señor Grayson.

—Ahora le estoy contando la verdad, señor Forester.

—Cuando Linda se despidió de su negocio, estaba hospedada en la pensión Sullivan y usted acaba de decir que fue a su apartamento.

Grayson guardó silencio.

—¿Qué nuevas falsedades está urdiendo? —dijo el teniente lleno de ira.

—Conocía la nueva dirección de ella.

—¿De qué modo la conoció? ¿También casualmente? Le aseguro que se encuentra en un apuro, Grayson. Si no me da una explicación sensata, lo llevaré a la comisaría.

—No puede hacer eso...

—Deje tranquilo al capitán Pembelton. Con el capitán o sin él, vendrá conmigo. Grayson se pasó otra vez el pañuelo por la cara.

—Sabía que había cambiado de domicilio porque fui a la pensión de France Sullivan a preguntar por ella.

—¿Cuándo?

—Hará unos seis meses. Pero la dejé en paz, ¿sabe? No quise

molestar a Linda... Oiga, teniente, tiene que hacerse cargo. Mi mujer está paralítica. Soy un hombre que está en la flor de la vida... Ella... quiero decir Linda... Santo Cielo, ¿por qué se me tuvo que meter en la sangre? ¿Por qué?... Yo no tengo la culpa de que fuese tan hermosa... Y le aseguro que me provocaba. Se lo aseguro... Lo puedo jurar ante un tribunal.

—Claro que sí, ella lo miraba porque lo tenía que mirar para hablarle.

—¿Y qué me dice de sus contoneos?

—No sea estúpido, Grayson... ¿Qué culpa tenía ella si usted veía en su menor movimiento una provocación? Probablemente ella se limitaba a cumplir con su deber, a ir de un lado a otro, pero usted la perseguía con la mirada, pensando cosas sucias.

—¿Quién se creyó que era?... ¿Quién? Maldita sea... Estaba dispuesto a darle todo lo que pidiese... Todo...

—No pudo apartarla de su cabeza, ¿eh, Grayson?... Día y noche pensaba en Linda Disney.

—Hacía esfuerzos por borrarla de mi cabeza, pero no podía... ¡No podía...! Era más fuerte que yo... La tenía dentro...

—Sí, ya lo ha dicho antes. La tenía dentro de la sangre. Por eso fue al apartamento de Linda. Sabía que estaría sola.

—Sí.

—Se presentó allí con una sonrisa, preguntándole cómo se encontraba después de tanto tiempo sin verla.

Grayson concedió moviendo la cabeza.

—Y luego empezó a reiterarle sus ofertas. La iba a hacer muy feliz, iba a tener muchas cosas...

—¿Por qué hay mujeres que se resisten?

—Todas fueron fáciles, ¿eh, Grayson? Pero Linda Disney se negó a aceptarlo.

—Sí.

—Entonces usted le pegó.

—¡No!

—¡Trató de convencerla por la fuerza!

—Fue solo un momento de excitación.

—¿Qué le hizo?

—Le pegué una bofetada. Sólo fue eso, teniente... Se lo juro... Una bofetada.

Grayson se había puesto muy nervioso. Hablaba atropelladamente por entre sus labios temblorosos.

—¿Qué hizo ella? —preguntó el teniente.

—Nada.

—¿Qué es lo que hizo?

—Estábamos cerca de la cocina, habíamos llegado hasta allí hablando y hablando y de pronto la vi aparecer con un cuchillo. Me dijo que me mataría si la tocaba. Yo me puse muy triste al oír aquello... Era increíble... Yo sólo quería su felicidad.

—Me da asco, Grayson...

—Sí —dijo Grayson—. Yo también lo sentí de mí mismo en aquel momento y también después.

—No vaya tan deprisa. ¿Qué ocurrió cuando ella le amenazó con el cuchillo?

—Nada, teniente. No ocurrió nada. Di media vuelta y me marché.

—Todavía no me ha dicho lo que hablaros.

—Se lo he dicho.

—Hubo una parte de la entrevista que fue amigable al principio... Ella le dijo que se disponía a disfrutar de sus vacaciones.

—Sí, teniente.

—Y le dijo naturalmente dónde se disponía a ir.

—No me lo dijo. Se lo pregunté pero ella me dio una respuesta vaga. Sólo me dijo que iba a salir de Nueva York.

—Bueno, se enteraría usted por otro conducto. Quizá se lo preguntó a Margot Eden, la compañera de Linda.

—No, no se lo pregunté a Margot.

—Usted sabía que ella iba a ir a la cabaña de Margot y entonces decidió llevar a cabo su venganza. Linda lo había rechazado. No podía dejar que fuese de otro hombre. Llegó a esa conclusión. Si lo había rechazado era porque había un tipo por medio, alguien de quien ella estaba enamorada.

Forester avanzó sobre Grayson que lo miraba con ojos agrandados.

—Decidió matarla, Grayson.

—¡No!

—Pagó a un asesino para que lo hiciese. Usted, por su negocio,

debe conocer a gente de toda catadura. ¿Quién fue el hombre que contrató?

—No, teniente... ¡Le juro que no hice nada!

—¡Deje en paz sus juramentos! ¡No ha hecho más que mentir desde que llegué aquí!

—Puede pensar lo que quiera. Ya le he dicho lo que sentía por Linda... Traté de conseguirla por todos los medios, pero soy incapaz de matar a nadie. Cuando ella me rechazó en su apartamento, decidí que nunca volvería a verla, que por todos los medios trataría de apartarla de mi cerebro.

—No sea estúpido, Grayson, ya lo intentó y no pudo. ¿Qué me dice con respecto a eso? Sólo había una forma de que dejase de pensar en ella, y era matándola.

—¡No diga eso, teniente!... Yo no la maté... No la he matado... No podía hacerlo... No podía...

Grayson hundió la barbilla en el pecho cubriéndose la cara con las manos. Mike se dirigió hacia la puerta.

—Todavía no terminé con usted, Grayson. Si la mató, le juro que se lo haré pagar. Forester cruzó el corredor.

La empleada del anticuario le dirigió una sonrisa.

—¿Qué edad tiene, Mary?

—Veintitrés.

—La verdad.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Diecinueve.

—¿Padres?

—Sí.

—¿Hermanos?

—Dos.

—¿Está conforme con su empleo?

—Sí, señor.

—¿Está segura?

—Sí, teniente. Estoy satisfecha con mi empleo.

Forester se encogió de hombros y abandonó la tienda de antigüedades.

CAPÍTULO VII

Frances Sullivan era una mujer de cuarenta años, gruesa, de cabello rubio.

—¿Linda Disney? —dijo, cuando el teniente Forester se hubo presentado y preguntó por la antigua huésped—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Simplemente ha desaparecido, señora Sullivan. Yo estoy encargado de encontrarla.

¿Se acuerda de ella?

—Claro que me acuerdo, era una muchacha la mar de simpática. Durante el tiempo que estuvo con nosotros no tuve la menor queja de ella.

—¿Cómo era?

—Una mujer con clase. No sé si me explico bien. Parecía una chica de alta alcurnia, ya me entiende... Sí, señor, podía pasar por la hija de un millonario... Cuando la veía bajar la escalera era todo un espectáculo... Nunca vi una cara tan preciosa como la de ella, esbelta, con aquellos ojos...

—Resultaría muy atractiva a los hombres.

—Los atraía como la miel a las moscas, pero Linda tenía una forma especial de tratarlos. A veces le bastaba con una mirada para dejar a un tipo helado... Y si con eso no tenía bastante, decía unas cuantas palabras y eso era suficiente para que el fulano de turno se retirase.

—Bueno, siempre hay individuos a quienes no basta una mirada ni unas palabras para arriar velas.

—Sí, lo comprendo, teniente. Aquí tenemos uno de éstos, Duke Flower.

—¿Quién es Duke Flower?

—Un hombre que cree enamorar a todas las mujeres con sólo que les descargue una ración del fluido magnético que emana de sus ojos.

—¿A qué se dedica?

—Todavía no lo sé. Imagino que a nada santo, pero he de decirle que paga con puntualidad.

—De modo que continúa aquí...

—Sí.

—¿Cuál es su habitación?

—La ocho.

—¿Cuáles son sus amistades?

—De vez en cuando viene un tipejo que no mide más de uno sesenta y cinco. Sube directamente a la habitación de Duke y permanece con él durante un par de horas. Algún trapicheo.

—Parece que Duke no le resulta simpático.

—No, y sería feliz si se despidiese. Él fue el culpable de que Linda se marchase.

—¿Por qué?

—Le puso sitio. Yo temí en un principio que lograse algo efectivo pero Linda no me defraudó. Lo mantuvo a distancia.

—Acaba de decir que Duke fue el culpable de que ella se marchase. ¿Qué ocurrió?

—Una noche oí gritar a Linda. Subí arriba. Su habitación estaba abierta. En el interior Duke y Linda estaban forcejeando. Me di cuenta enseguida de que Duke estaba borracho, de modo que atrapé una botella y le pegué en la cabeza. ¿Vio alguna vez una res apuntillada? Así fue como cayó Duke. En un principio creí que lo habría matado, pero ni siquiera le hice una herida. Lo saqué a rastras y lo metí en su habitación. Linda había pasado un gran susto. Le dije que llamaría a la policía pero ella no quiso hablar de eso. Después de todo, la chica tenía razón. Si se daba a la publicidad, alguien podía pensar que había pasado lo peor, cuando la verdad era que Linda se había defendido bravamente. Le dije que arrojaría a Duke de la pensión al día siguiente, pero también se opuso. Me dijo que una compañera de la editorial en que trabajaba le había propuesto compartir con ella su apartamento. Ahora aceptaría. Eso fue todo, teniente.

—¿Vino alguien preguntando por Linda?

—Sí, un tipo de unos cuarenta años, de cabello rubio muy bien vestido. Recuerdo que llevaba una perla en la corbata. Me dijo su nombre, pero ahora no lo recuerdo.

—Eneas Grayson.

—Eso es.

—¿Nadie más?

—No, pero hubo algunas llamadas. Fueron siempre personas diferentes y nunca dijeron su nombre.

—¿Cuántas llamadas?

—Cuatro o cinco. Tengo por costumbre preguntar el nombre del que llama antes de dar información acerca de un huésped, pero cuando hacía la pregunta, colgaban.

—¿Se produjeron algunas de esas llamadas después que Linda se marchó de aquí?

—No, cuando ella se marchó, dejaron de llamar. Forester se dirigió hacia la escalera.

—Gracias, Frances. Charlaré un rato con Duke.

—Tenga cuidado, es un mal bicho.

El teniente emitió un gruñido y subió la escalera.

Entró sin llamar en la habitación número 8. Tendido en la cama había un hombre de cabello negro, rostro de facciones correctas. Tenía un humeante cigarrillo en los labios y manejaba un diario en el que estaba haciendo anotaciones con un lápiz.

—Se equivocó de habitación, amigo —dijo.

—No, Duke. No me equivoqué. El inquilino enarcó las cejas.

—¿Quién es usted?

Forester lo dijo y Duke se echó a reír.

—Caramba, hace mucho tiempo que no veía a un policía.

—¿Cuándo vio al último, Duke? ¿Quizá, en alguna prisión?

—Ustedes siempre tan simpáticos.

—Conteste.

—Acertó. Fue en una prisión.

—¿Cuál?

—La de Centerville, Illinois. Bueno, será mejor que le informe puesto que lo puede saber enseguida.

—Corriente, Duke.

—Pasé dos años entre rejas y también le diré el motivo. Robo en una estación de servicio. El botín consistió en cuarenta y cinco

dólares. No cometí aquel robo, pero un compañero de usted, un mala sangre, me la jugó... ¿Sabe usted que la gentuza está mezclada...? Sí, lo mismo hay tipos sucios entre ustedes que por el Bowery. Todo consiste en que unos llevan insignia y otros no. Bueno, teniente, quizá le estoy cansando con mis parrafadas. ¿Qué se le ofrece?

—¿Dónde pasó ayer la tarde?

—Conque es eso. Me quieren endosar otra cosa. —Duke sonrió—. Pero esta vez se equivocan. Sí, teniente, va por muy mal camino.

—Conteste y no ande con divagaciones.

—Estuve con una nena rubia. Tenía que pasar por su casa a las cinco. Vive en las afueras. Avenida Palisade 634. Su nombre es Stella McGregor. Trabaja para la TV pero no crea que es una estrella, sólo una muchacha de conjunto. Pero, con su figura, llegará tan lejos como la Monroe. Y no crea que acabará como la muchacha del calendario. Stella sabe dónde tiene la cabeza —se echó a reír—. No, Stella no sufrirá nunca de neurosis... Tendría que verla... Respira salud por los poros.

—¿A qué hora se apartó de Stella?

—Ella tenía que actuar a las ocho y media. Salimos de su Casa alrededor de las ocho. Viajamos en su coche hasta el estudio. No entré con ella. Nos despedimos en la misma puerta.

—¿A dónde fue usted?

—A un automático de la Undécima Avenida. Se llama «Capricho» y lo regenta un portorriqueño, Benito Gutiérrez. Me entretuve allí una hora y luego salí, tomé un taxi y me vine aquí a dormir. Desde entonces no he salido. Naturalmente, usted lo puede comprobar preguntando a France.

Forester dio unos pasos por la estancia.

—¿Quién es el amigo que lo visita aquí, Duke? Duke quedó repentinamente serio.

—¿Qué tiene que ver con el asunto?

—¿Quién es, Duke?

—Oiga, ya le he dicho en qué empleé mi tiempo ayer por la tarde. Fue su primera pregunta y lo que a usted le interesa. No tiene derecho a meterse en mis asuntos privados.

—¿Qué asuntos?

—No crea que ignoro mis derechos, teniente. Soy un tipo limpio.

Me endosaron lo de la estación de servició, pero ya se acabó. Si quieren buscar a alguien que cargue con el mochuelo, vaya pensando en otro fulano.

—Han asesinado a Linda Disney, Duke.

Duke arrugó el ceño y empezó a incorporarse en la cama. Puso los pies cubiertos con las zapatillas en una alfombra bastante sucia.

—¿A quién ha dicho?

—Linda Disney. ¿La conoce?

—No sea ingenuo, teniente. Claro que la conozco y usted lo sabe porque se lo habrá dicho Frances. Linda Disney estuvo hospedada aquí hace algún tiempo.

—¿Cómo se llevó con ella?

—Fuimos buenos vecinos. Pensé que sería una mujer como las ciernas, pero me equivoqué, lo confieso. Cierta vez me introduje en su habitación. Yo había bebido más de la cuenta. Quise darle un beso, teniente. ¿Qué hay de malo en eso?... Pero Linda se puso a gritar como una loca. No sé cómo no oyeron sus gritos en Times Square... De pronto tuvo la impresión de que sobre mi cabeza chocaba un avión a reacción. Cuando desperté me encontré en mi cuarto. La verdad es que no me acordaba de lo que había pasado. Al día siguiente, me enteré de que Linda se había hecho humo.

—¿Cuándo la volvió a ver?

—Nunca.

—A usted le gustaba.

—Claro que sí, a mí me gustaba como me gustan todas las mujeres hermosas como Linda. Pero yo sé lo que me conviene en cada caso. No soy de esos tipos que se encelan y son capaces de cometer una barbaridad por lograr sus propósitos. No, teniente, el hijo de mi madre está. Sien templado... Si una nena me da calabazas, ella se lo pierde. Las hay por docenas, ahí lo tiene todo, teniente. Si a esa muchacha la han matado, yo no le puedo dar ninguna información.

—No sé si me está diciendo la verdad. Duke se echó a reír.

—Teniente, no me diga esas cosas.

—Lo entristezco mucho, ¿verdad?

—Sí, bastante. Soy un tipo que no quiere tener nada que ver con la ley. Aprendí mucho en la vida. Cuando una está de morros con la policía, siempre acaba de mala manera.

En este momento se abrió la puerta y entró en la habitación un hombre de unos cincuenta años, de pequeña estatura, piel reseca y ojos muy pequeños.

—Perdona, Duke, creí que estabas solo. Volveré en otro momento.

—Quédese —dijo el teniente.

Forester había notado que la cara de Duke había quedado repentinamente seria. El hombrecillo titubeó unos instantes y sonrió.

—No me gusta molestar... No tengo prisa, ¿sabe? Me daré una vuelta por ahí y regresaré más tarde...

—¿Cuál es su nombre?

El hombrecillo miró a Duke.

—Díselo. Es un policía. El teniente Forester.

—Marcus Hoppe.

—¿A qué se dedica, Marcus?

—Vendo hierros y metales.

—¿Dónde tiene el negocio?

—No tengo ningún negocio. Sólo soy un comisionista.

—No sabía que Duke se dedicase a los hierros y a los Metales.

—Y está en lo cierto, teniente —sonrió Duke—. No me dedico a esto. Marcus y yo somos amigos. Tenemos la misma afición, las carreras. De vez en cuando viene aquí y hacemos cálculos sobre cuál será el caballo o la potranca que llegará primero a la meta.

—¿Y tienen suerte?...

—Cada tres o cuatro meses acertamos una. Pero siempre ocurre lo mismo. Es cuando se paga menos...

El teniente caminó hacia la puerta.

—Bueno, Duke, me marcho ya.

—¿No quiere hacer más preguntas?

—Ya fueron bastantes.

—¿Qué hay de la chica?

—Es mi trabajo, Duke. Lo de usted y Hoppe es hacer cálculos acerca de las carreras. Buena suerte en la elección de hoy.

Salió de la habitación cerrando tras de sí. Abajo preguntó a Frances:

—¿Es ése el hombre que visita a Duke?

—Sí, el mismo. Me pone la piel de gallina cuando lo veo.

—Dijo llamarse Marcus Hoppe. Duke y él se entretienen en hacer cálculos sobre las carreras.

—¿Lo creyó usted?

—No, pero no tengo nada en qué hincar el diente.

Se despidió de Frances Sullivan y dirigióse a la comisaria. Brent lo estaba esperando.

—Eh, teniente, encontré algo acerca de Duke Flowers.

—¿Quién es?

—Ha estado encerrado entre rejas cuatro veces. Siempre por el mismo motivo. Robo.

—Tendrás que vigilarle —le indicó dónde lo encontraría—. Lo dejé allí en compañía de Marcus Hoppe, un tipo pequeñajo de ojos de ratón. Se cubre con abrigo y sombrero oscuro. Duke y Hoppe llevan entre manos algún negocio sucio. Ah, y no me extrañarla que en lugar de llamarse Hoppe su nombre fuese otro.

—Me gustaría tener un par de horas libres mañana, jefe.

—A mí también. Desde hace diez días quiero ver una película.

—No era para ir al cine, teniente. El hijo de mi hermana, del que soy padrino, celebra mañana su segundo cumpleaños. Se empeñaron en que participase en la fiesta.

—Trataré de arreglarlo.

—Gracias, jefe. A propósito, el capitán Miller quiere hablarle.

—¿Llamaron Franch o Rivero?

—Todavía no.

—Está bien. Vete a vigilar a esos dos.

—Cuál de los dos.

—Llévate a Kendall o a cualquiera que esté libre.

—No hay ninguno.

En aquel momento entró Rivero, que informó:

—Cliff Bates permaneció hasta las cinco en su apartamento. Alrededor de las seis y media llegó al «Old Joe» con Linda Disney. Permanecieron allí cerca de hora y media. No he podido saber más.

—SI resto me lo dirá Franch. Vete con Brent. Él te informará en el camino.

Forester hizo un saludo con la mano y entró en el despacho del capitán.

—¿Qué noticias hay de esa muchacha, Mike? —inquirió Miller.

Forester hizo un informe de lo que había sabido durante las

últimas horas.

El capitán sacó un veguero del bolsillo superior de la chaqueta y lo mordisqueó con rabia.

—Estamos de buena racha. Un asesino, «*Baby*» Norton, se nos escurre de las manos y una mujer es muerta sin que nosotros podamos evitarlo.

Mike caminó hacia la ventana donde se detuvo.

—Necesitamos personal, capitán.

—Muy hermoso. ¿A quién se lo digo? ¿Al comisionado, verdad? ¿Y qué crees que me dirá el comisionado? Me enviará al infierno. Este año se aumentó el presupuesto de la policía en un veinte por ciento.

—Usted sabe que se debió aumentar en un cien por cien.

—Claro que lo sé, pero ¿qué quieres que haga yo? ¿Que ponga la cabeza para que el verdugo me la corte con un hacha? Entérate de una vez. Estaba esperando un éxito para pedir al comisionado algo más efectivo y lo más efectivo era la captura de «*Baby*» Norton.

—No podemos destinar a «*Baby*» todo el personal. A cada momento se cometen nuevos delitos que exigen nuestra atención.

—No me digas eso, Mike. Yo soy capitán y sé lo que ocurre. Fui teniente antes que tú y entonces éramos menos gente.

—¿Trata de sugerir que soy el responsable de que Norton siga libre? El capitán dio un manotazo al aire.

—Maldita sea... Todos nos estamos poniendo demasiado nerviosos. Forester cruzó la estancia y salió fuera.

Se sentó ante su mesa escupiendo maldiciones por lo bajo. Sobre su carpeta había un ejemplar del «*Star*» que arrojó a la papelera.

En ese momento sonó la campanilla del teléfono.

—Jefe, le habla Holbrook desde Falconville.

—¿Qué pasa, Holbrook?

—Ya encontramos el cadáver.

CAPÍTULO VIII

Mike se dejó caer en el respaldo.

—¿Dónde estaba, Holbrook?

—En el centro del lago. La barca también fue hallada en la orilla, a unas quinientas yardas de la cabaña. La habían escondido en un cañaveral.

—Háblame de la chica.

—En este momento todavía no le han hecho la autopsia, pero cabe suponer cómo lo hicieron. Fue estrangulada. He visto las marcas de los dedos en su cuello. A propósito, el *sheriff* no le dejará meter baza. «El Mensajero de Falconville» tiró esta mañana una edición extraordinaria antes de que descubriesen el cadáver. ¿Quiere que le lea los titulares?

—No hace falta.

—Imagino que le gustará más leer la edición que preparan. A todos nosotros nos pondrán de tal forma, que sólo faltará que nos barran.

—No se podía esperar otra cosa de ese pavo real de periodista.

—Todavía le falta conocer lo más bueno.

—¿El qué?

—El pavo real telefoneó a un par de diarios de nuestra ciudad, ofreciéndoles la exclusiva de la noticia con abundancia de fotografías y declaraciones del *sheriff*. Todo un reportaje y no faltará el regalo, unas cuantas gotas de sangre al comprador de un ejemplar.

—Está bien, voy para allá.

—Creo que el *sheriff* va a poner una cara muy avinagrada si lo ve aparecer por Falconville.

—Tendrá que conformarse. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde un bar ubicado frente a la oficina del *sheriff*. Se llama el «Latimer».

—Está bien. Espérame ahí.

—Sí, jefe. No me moveré.

Mike colgó el auricular y se dirigió al telefonista.

—Emil, si el capitán pregunta por mí, dile que me marché a Falconville. En aquel momento oyó la voz de Miller.

—Mike, no vas a Falconville.

Forester caminó hacia el despacho del capitán en cuyo hueco se encontraba su superior.

—Holbrook me acaba de comunicar que han encontrado el cadáver de Linda Disney. El *sheriff* Conrad quiere hacer política del caso y ya sabe cuál será el precio que nos hará pagar. Tendremos que soportar el ridículo.

—Después de todo, el crimen se ha cometido en su jurisdicción, y lo más importante para mí es *Baby Norton*. Acabo de recibir un soplo. Sé dónde se ha metido «*Baby*».

Forester se pasó la mano por el cabello.

—¿Dónde está?

—En un *bungalow* de las afueras. Es una barriada llamada Capside, número 93 de la calle Pine.

—¿Le merece crédito ese confidente?

—Desde luego.

—¿Por qué no llama a Bill a su casa?

—Ya te dije que te encargabas de los dos casos. Pero ahora sólo tienes uno entre manos y sigue siendo el de «*Baby*» Norton.

—Escuche, capitán, fue a nosotros a quienes dieron aviso acerca de la próxima muerte de Linda Disney.

—Te llamarán como testigo cuando el «coronel» realice la investigación y, si detienen al culpable, comparecerás ante el Gran Jurado. Entonces tendrás ocasión de demostrar que hicimos lo posible para evitar la muerte de esa joven. Ella fue asesinada en Falconville y, es al *sheriff* de Falconville a quien corresponde aclarar las circunstancias de ese crimen.

¿O es que quieres ir contra la ley, Mike? Mike contuvo un estallido de cólera.

—Está bien, jefe.

Shaffy y Kendall entraron en la comisaria y el capitán ordenó

que se pusieran a las órdenes de Forester.

Poco después, el teniente y sus dos subordinados corrían en el coche en dirección a Capside.

Viajaron en silencio, fumando cigarrillos.

Capside era una zona ubicada a la orilla del río. Las aguas eran sucias y en lugares hasta pestilentes. Por doquier había cabañas diseminadas muchas de las cuales contaban con su embarcadero. La atmósfera estaba llena del hollín procedente de las fábricas que se extendían a una milla más al norte.

Abandonaron el coche antes de llegar a la calle Pine.

A la vista de un plano, Mike ordenó a Shaffy y Kendall que fuesen por una calle paralela para cubrir la parte trasera de la casa número 93.

Vio un jardín rodeado por una empalizada pintada de azul. La casa tenía las persianas echadas.

Forester saltó por la verja y se dirigió al porche. Intentó abrir pero la puerta estaba cerrada con llave. Pulsó el botón y esperó un rato. Al ver que no abrían, volvió a pulsar el timbre. Al cabo de unos instantes se abrió la puerta y apareció una mujer muy hermosa. Podía tener veinticinco o veintiséis años de edad y su cabello era rubio platino. Se cubría con un jersey blanco de cuello redondo y pantalones azul oscuro. Calzaba zapatos de tacones altos.

—Me pilló usted haciéndome la manicura —dijo con una sonrisa. Mike mostró su credencial.

—¿Puedo entrar?

—Claro que sí, pero no lo comprendo, yo no llamé a la policía.

Forester entró en un vestíbulo donde había una reproducción de un cuadro de Rembrandt.

—¿Se encuentra sola?

—Sí, mi marido no llegó todavía de la oficina.

—Su nombre, por favor.

—Helen Mortimer.

—¿Cuál es la profesión de su esposo?

—Agente de seguros. ¿Ha hecho él algo malo?

—No.

Forester pasó al *living* y ella fue detrás.

La habitación estaba decorada con muebles antiguos. El tapizado necesitaba una renovación. Forester se dirigió al hueco que vio a la

izquierda. Era la cocina. A la derecha había otras dos puertas.

—Eh, teniente —dijo Helen Mortimer—. ¿Trae un mandamiento de registro?

—No.

—Entonces voy a rogarle que se marche.

—Usted puede rogarlo, pero yo no le voy a hacer caso.

—No rae gustan sus modales, teniente.

Forester señaló los dos vasos de *whisky* que había sobre una mesa. En ambos quedaba un dedo de livor.

—¿Los bebe a pares, señora Mortimer?

—Uno de esos vasos es de mi esposo. Se marchó de aquí hace media hora. Mike se dirigió hacia una de las puertas.

—Quédese quieto, teniente —exclamó Helen. Pero Forester continuó su camino.

De pronto la puerta se abrió de golpe y Mike se tuvo que detener al ver en el hueco a «*Baby*» Norton. Frisaba en los veintiocho años, pero parecía mucho más joven. Su cabello era rubio y los ojos azules. Su boca se curvaba en una mueca al sonreír.

—Hola, teniente.

—Te estuvimos buscando, «*Baby*».

—Ya lo sé.

—Anda, deja esa pistola y ven conmigo.

—Es una invitación que no me gusta, porque sé dónde acabará. En la silla.

—No tienes que ser tan pesimista. ¿Recuerdas lo que me dijiste una vez? Habías contratado a un abogado capaz de salvar a uno del patíbulo. Ahora tendrá una bonita ocasión para demostrar sus dotes de persuasión. Al fin y al cabo, serán doce los hombres que te juzguen. Quizá pueda influir en alguno de ellos, si es tan bueno.

«*Baby*» Norton movió la cabeza en sentido negativo.

—No, teniente. No me voy a entregar.

—¿Y cuál es tu plan, «*Baby*», si puede saberse?

—Primero voy a matarlo.

—¿Segundo...?

—Huiré de aquí.

—No considero favorable ninguno de tus propósitos. Quiero continuar viviendo y, por otra parte, tampoco vas a huir.

—Eso ya lo veremos.

—¿Has leído los diarios? Dicen que eres un perro rabioso. Les demostraremos que están equivocados si te entregas. Tuviste algún motivo para matar a tu amiga y podrás alegarlo en el momento oportuno, cuando lleguemos a la comisaría.

—Déjese de pamplinas, sabueso. Maté a mi chica porque me la jugó con otro tipo. Esa pérdida me estuvo tomando el pelo durante tres meses, ¿lo oye? Eso fue lo que me hizo, pero a «Baby» Norton no se la juega ninguna mujer.

Forester miró a la rubia platino.

—¿Lo oyó, nena? Tenga cuidado con él. Si pone los ojos en otro hombre, la degollará. Salió sobre Norton diciéndose que para ese entonces habría logrado distraerle.

Oyó un estallido y sintió que la piel de su cara le abrasaba, pero la bala no le había alcanzado.

Para ese entonces había atrapado a «Baby» por la muñeca y tiró de él mientras caía. Los dos se vinieron abajo.

Forester empleó su izquierda, logrando conectarla con fuerza terrible entre los ojos de Norton. El rubio emitió un gemido y se relajó al quedar sin conocimiento.

En aquel momento se oyeron ruidos de carreras.

Shaffy y Kendall penetraron en la habitación con las pistolas por delante. Forester se puso en pie.

—Espósenlo, muchachos.

Se enfrentó con la joven mientras sus dos compañeros se ocupaban de Norton.

—Tu nombre, nena.

—Henriette... Quiero decirte algo, teniente. Me trajo aquí por la fuerza... Yo estaba tan tranquila en mi apartamento de Riverside Drive... Kay un empresario que se interesa por mí... tengo una bonita voz.

Mike se pasó una mano por la cara. Estaba cansado. Siempre era lo mismo. Aquellos *gangsters* tenían una facilidad pasmosa para encontrar mujeres que los ayudasen, pero luego, cuando llegaba la hora mala, todas lo habían hecho a la fuerza. No dudaba que la joven tendría algún protector, pero había abandonado su seguridad por correr una aventura con «Baby» Norton. Estaba seguro de que «Baby» necesitaba ser internado en un sanatorio psiquiátrico. Ése era su verdadero lugar y no la silla, pero la joven muchacha rubia

platino, también necesitaba un psicoanalista.

—¿De quién es la casa, Henriette?

—No sé nada, «Baby» me trajo aquí... Me aseguró que la casa pertenecía a un amigo suyo, Luke Strimberg.

Forester sabía quién era Luke Strimberg, un antiguo púgil que había abandonado los guantes para meterse en negocios sucios. Un par de años antes se había relacionado con «Baby» Norton en un contrabando de drogas al otro lado del río. El, Mike, no había intervenido en el caso, pero se interesó y supo que Luke y «Baby» habían reñido por el botín. Ahora no tuvo ninguna duda de que Luke. Strimberg había sido el confidente del capitán Miller.

—Está bien, chica. Vístete y ya dirás lo que sea en la comisaria.

Henriette entró en la habitación, pero Kendall lo hizo detrás de ella, a una señal del teniente.

«Baby» recuperó el sentido y se puso a soltar juramentos.

—¿Quién me traicionó? Sólo tres personas sabían que estaba yo aquí. Henriette, yo y otras dos.

—¿Quiénes son las otras dos?

—Uno de esos miserables me ha vendido. ¿Lo oye, teniente? Me ha vendido a mí, a «Baby» Norton.

Estaba esposado y al gesticular hacía sonar la cadena.

—Pero yo le ajustaré las cuentas a quien haya sido... ¡Juro que se lo haré pagar!

Al cabo de un rato Henriette salió de la habitación seguida de Kendall. Se cubría con un abrigo de color verde.

«Baby» saltó sobre ella, pero Kendall anduvo ligero y golpeó con el filo de la mano en la clavícula de Norton, el cual se detuvo como si le hubiesen descargado encima una corriente de alto voltaje.

Henriette gritó y echó a correr hacia donde se encontraba el teniente.

«Baby», al cabo de unos instantes, miró a Henriette con ojos que parecían de hielo.

—¿Fuiste tú, nena?...

—No, «Baby».

—Confíésalo, me has traicionado... Lo hiciste para cobrar la recompensa... El teniente Forester intervino.

—Te puedo asegurar que ella no tiene nada que ver con esto, «Baby».

—No, ¿eh? ¿Quién fue, entonces?

—Tú lo sabrás. ¿No dijiste que quedan dos? Y ya basta de charla.

Henriette viajó en el asiento delantero, junto a Kendall, y «*Baby*» Norton en el posterior, flanqueado por Forester y Shaffy.

Cuando llegaron a la comisaría, se encontraron con una nube de fotógrafos. Por espacio de media hora, Forester trató de librarse de los periodistas.

Mike Imaginó lo que había ocurrido. El capitán Miller había llamado a los chicos de la Prensa para que fuesen testigos de la llegada de «*Baby*».

Cuando el último periodista hubo salido del despacho de Miller, Forester se enfrentó con su jefe.

—Enhorabuena, muchacho —dijo el capitán.

—¿Por qué llamó a los periodistas? Pude fracasar.

—Estaba seguro de que lo lograrías.

—Celebro que tenga tan óptima opinión de mí, jefe. ¿Hay algo nuevo con respecto al asesinato de Linda Disney?

—Holbrook llamó en tu ausencia para saber por qué no habías ido. ¿Por qué no me dijiste que le habías ordenado que se quedase allí? Ya te advertí que nos retirábamos del caso.

—No perdíamos nada con que Holbrook siguiese en Falconville para informarnos de todas las novedades.

—Discutimos antes el asunto del personal, Mike. ¿Por qué hacerlo ahora otra vez? Holbrook hace falta aquí. Acabas de hacer un buen trabajo y esta noche la Prensa se ocupará tanto de ti como de mí.

—Parece que se han ocupado ya —dijo Mike atrapando un diario de encima de la mesa.

Allí se contaba la historia del principio al fin, y como era de esperar, el teniente Michael Forester, de la policía metropolitana, era atacado sin contemplaciones. Debido a su negligencia, una mujer había sido asesinada, a pesar de que el teniente había recibido la noticia del crimen antes de que se perpetrase.

—La caza de «*Baby*» compensará el mal efecto del caito de Linda Disney —dijo el capitán.

Forester dejó caer el diario en la mesa.

—Sí, jefe —contestó y se dirigió hacia la puerta.

—Mike...

—¿Sí?

—Tómate un descanso. Si yo estuviese en tu lugar me iría a la cama.

—Sí, capitán. Es justo lo que voy a hacer.

—Trata de dormir y olvidalo de esa muchacha. Te lo repito. Ya no nos compete a nosotros.

Forester salió de la comisaria y se encaminó al bar «Lotus».

Johnny, el dueño, lo recibió levantando el diario que estaba leyendo.

—¿Cómo consientes que escriban esas porquerías? Tú eres uno de los mejores policías que tenemos en la ciudad.

—Un *whisky*, Johnny.

Johnny le entregó el vaso mientras seguía rezongando por lo bajo contra los periodistas que se metían con la policía.

El teniente bebió su *whisky* y pagó la consumición.

—Eh, Mike —dijo Johnny—. Yo sé lo que tú necesitas.

—¿El qué?

—Una mujer. Te puedo dar la dirección de una que te producirá escalofríos.

—Gracias, Johnny, pero lo que necesito es calor... Hasta mañana. Caminó un rato por la calle. Los anuncios luminosos le hicieron guiños.

Sacó, el paquete de cigarrillos. Sólo le quedaba uno. Puso una moneda en una máquina automática y le escupió un paquete.

Llegó ante el local cinematográfico donde exhibían el film que quería ver. Preguntó a la señorita que vendía las localidades. Hacía media hora que había empezado la película.

Siguió andando por la acera y al cabo de un rato se cansó y entró en un taxi.

Al llegar a su apartamento se desnudó y tomó un baño caliente. Casi se durmió en el agua.

De pronto oyó que sonaba el timbre de la puerta.

Salió del baño y se cubrió con el albornoz metiendo los pies en las pantuflas. Otra vez sonó el timbre.

Cruzó el *living* y abrió la puerta.

Su visitante era una mujer a quien no había visto nunca. Tenía el cabello negro y se cubría con gafas oscuras. Forester sintió cómo

le chorreaba el agua por el cuello.

—Buenas noches —dijo la joven.

—¿A quién desea ver?

—Al teniente Michael Forester. ¿Es usted?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Forester asintió con la cabeza.

—Disculpe, pero estaba en el baño. Me vestiré en un momento.
Pero dígame, ¿quién es usted?

—Linda Disney.

CAPÍTULO IX

El teniente Forester observó atentamente a su visitante sin decir nada. La joven se despojó de las gafas.

Mike vio sus grandes ojos negros que lo miraban fijamente. Todo lo que sabía acerca de Linda era que se trataba de una mujer bonita y hermosa. Sí, era completamente cierto. Nadie se había equivocado. Nunca podría justificarse el arrebato de Duke Flower o el de Eneas Grayson, o la pasión de Cliff Bates por aquella mujer, pero comprendía que ejerciese una gran influencia sobre todos los seres que la rodeaban.

Recordó también las palabras de Frances Sullivan al decir que Linda poseía clase.

—Perdone que no le haya telefoneado antes, pero estaba muy aturdida. Oí por la radio que yo había sido asesinada y eso me desconcertó. Citaron, el nombre de usted, y bueno, pensé que debía verle enseguida. Hice una llamada a la comisaría, pero me dijeron que se había marchado... No quise darme a conocer.

—¿Por qué?

La joven levantó ligeramente la barbilla.

—El locutor de la radio que yo escuché lo trató a usted muy mal. Lo puso en ridículo. No había sabido evitar mi muerte, a pesar de que usted había recibido la noticia del crimen con antelación.

—La entiendo, señorita Disney. Usted ha querido reivindicarme ante la Prensa y la Radio.

—Sí.

—Muy amable. ¿Me permite un momento mientras me visto? Lo siento, pero no le puedo ofrecer *whisky*. Acabé el frasco hace un par de días y no renové el pedido.

—Tengo hambre.

—Yo también. Hay un frigorífico en la cocina. Vea a ver lo que encuentra.

La joven se despojó del abrigo. Cubría su cuerpo con un vestido liso, escote en uve, que enmarcaba su maravillosa silueta.

Mike le señaló el hueco de la cocina y se dirigió a su habitación. Diose mucha prisa en vestirse.

Cuando entró en la cocina, Linda se había puesto un delantal y freía huevos y lonchas de jamón. Ya estaba la mesa dispuesta.

Forester encendió un cigarrillo y se sentó en una silla.

—Me siento culpable —dijo la joven sin mirarlo.

—Se refiere a la mujer asesinada.

—Sí... ¿Quién puede ser?... Es evidente que la mataron por equivocación. El asesino quería matarme a mí, pero esa muchacha, por una razón u otra, se encontraba en la cabaña de Margot.

—¿Por qué no fue allí?

—Cuando salí de la ciudad, pensaba ir a la cabaña, pero en el camino recordé que me faltaban algunos datos para el libro que estoy escribiendo. Había pensado pasar el próximo fin de semana en Northingdale, pero decidí que era mejor primero ir al pueblo y luego llegar a la cabaña, donde no me movería hasta que hubiese acabado el libro.

—¿Quién sabe que está viva?

—Mi madre y un vecino, Oscar Greene.

—¿Qué me dice de sus hermanos?

—Todavía no están informados. Mi madre quiso decírselo enseguida, pero yo le rogué que no lo hiciese hasta haber hablado con usted. Jimmy y Pat lo hubiesen comunicado enseguida a todo el mundo y a estas horas ya estarían dando la rectificación por la radio.

—Me reservó la primicia. Dice que también lo sabe Oscar Greene, un vecino suyo.

—Fuimos juntos a la escuela. Es un gran muchacho, técnico en radio. Tiene montado un negocio de su especialidad en Northingdale. Apenas llegué, mi madre le hizo una llamada y poco después se presentó en casa. Estábamos los tres juntos cuando escuchamos la noticia de mi muerte.

—¿No se encontraba allí también su padrastro?

—No, estaba de viaje.

—¿A dónde fue?

—Hace una semana se marchó a Chicago. Quiero que aparte eso de su mente. Mi padrastro y yo no hemos simpatizado, pero le considero incapaz de haber ordenado mi muerte. Además, todas las noches ha hablado con mi madre por teléfono desde Chicago. Respecto a los motivos de su viaje, se llegó allí para firmar unos contratos de aprovisionamiento. Mi muerte no le reportaba ningún beneficio. Ni siquiera vivía con ellos. Por otra parte, me comporté un poco estúpidamente con él. Es un buen marido para mi madre.

—¿De quién sospecha usted?

—Sinceramente, no puedo señalar a nadie.

—Estuve hablando con tres personas, Cliff Bates, su compañero de la editorial, Eneas Grayson, el anticuario con quien estuvo empleada y Duke Flower, el huésped de la pensión de Frances Sullivan... Los tres me parecieron capaces de llegar a matarla por el simple hecho de que no consiguieron de usted lo que ellos deseaban.

—Me temo que no puedo ayudarle en eso. Es cierto que me acosaron en uno u otro momento, pero no puedo pensar en ellos como posibles asesinos. Para, mí resulta completamente absurdo que procediesen de esa forma. Cliff Bates es un conquistador profesional. El hecho de que se obsesionase conmigo fue debido precisamente a que no está acostumbrado a que le den una respuesta negativa. En opinión de él, por una mujer no merece la pena andar una milla. En cuanto a Grayson, admito que posee una mente un poco tortuosa, pero me dijo cuando se presentó en el apartamento de Margot que tenía todo lo que deseaba porque Mary, su nueva empleada, era más complaciente que yo. Y Duke Flower es de un barro parecido al de Cliff Bates. Le interesa más el dinero que imaginar un plan para acabar con una mujer.

Se sentaron a la mesa y comieron en silencio. Después bebieron café y encendieron cigarrillos.

—Me preocupa esa joven que ha sido asesinada en mi lugar —dilo Linda—. ¿Quién es?... ¿Por qué estaba allí?

—Me interesa tanto como a usted contestar a esas preguntas. En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Forester se disculpó y fue a abrir.

En el corredor vio a un hombre aproximadamente de su talla,

fuerte, de cabeza redonda, frente abombada y nariz recta. Sostenía un sombrero en sus manos.

—¿Teniente Forester?

—Sí.

—Tengo entendido que se encuentra aquí Linda... Oh, aún no me he presentado. Soy Oscar Greene, el vecino de Linda.

—Déjelo pasar, teniente —dijo la joven.

Forester tendió la mano a Greene y éste se apresuró a estrecharla.

—Celebro conocerle, teniente. Linda explicó:

—Comuniqué a Oscar mi decisión de hablar con usted. Oscar Greene sonrió.

—Cuando ya hacía rato que saliste de Northingdale, pensé que debía haberte acompañado.

Forester se acercó a la mesa donde descansaba el teléfono. Marcó el número de la comisaría.

—¿Está por ahí Holbrook?

—Llegó hace un par de minutos.

—Quiero hablar con él.

Poco después oía la voz de su subordinado.

—Diga, teniente.

—¿Has hablado con el capitán Miller?

—Se marchó hace una hora. Pensaba llamarlo a su casa.

—¿Conseguiste una fotografía de la muerta?

—Sí, desde luego. La tengo conmigo.

—Ven inmediatamente a mi departamento.

—Pero el capitán me ordenó que me presentase a él.

—No me importa lo que haya dicho el capitán. Fui yo quien te ordenó que te quedases en Falconville.

—Está bien, teniente. Voy allá enseguida. Mike dejó el auricular en la horquilla.

—Señorita Disney, ¿puede preparar un poco más de café? La joven entró en la cocina.

Oscar Greene se sentó en un sillón.

—Linda ha pasado por una prueba terrible... Eso de que la hayan confundido con una muerta es una experiencia única, ¿verdad, teniente?

Mike no contestó porque estaba pensativo. Ahora, el caso

tomaba características diferentes.

La joven salió de la cocina trayendo una bandeja con tres tazas de café. Holbrook llegó diez minutos más tarde.

—No crea que fue fácil, teniente —dijo mientras entregaba un sobre a Mike—. El *sheriff* no quería ni verme... fue cosa de su ayudante. La gente inferior nos entendemos mucho mejor.

—¿Cuánto pagaste, Superman?

—Fue barato. Un par de pavos.

Forester sacó la fotografía del sobre. La joven descansaba en el embarcadero de la cabaña del lago y estaba recién sacada del agua. Se cubría con una blusa y una falda y su cabello era negro como el de Linda. En su suelo se veían las marcas a que se había referido Holbrook.

—Siento hacerle pasar un mal rato, señorita Disney, pero es necesario. La joven tragó saliva.

—Sí, lo comprendo —tomó la fotografía que le alargaba Mike y al verla soltó una exclamación—. Dios mío, es Lucy Stanley, una vecina nuestra, la inquilina del apartamento de arriba.

—¿Vivía sola?

—Sí.

—¿A qué se dedicaba?

—Cantaba con una orquesta en un club nocturno, el «Milton».

—¿Cuál es el nombre de la orquesta?

—Tiene el nombre del director, Chick Wooler.

—Hábleme de Lucy.

—Resultaba agradable, pero me parecía una muchacha ambiciosa.

—¿La vieron con algún hombre?

—Chick Wooler la visitaba con frecuencia, pero había otro, Don Lennox. Es el dueño del «Milton».

Holbrook carraspeó.

—Jefe, ¿no me podría dar una taza de café? Mike lo comprendió. Quería decirle algo a solas.

—Sí, Holbrook —se dirigió a la cocina y Holbrook fue detrás. El agente cerró la puerta.

—Pensé que le gustaría que no se enterasen los demás.

—¿De qué se trata?

—La chica, esa Lucy Stanley, estaba embarazada.

—¿De cuánto tiempo?

—Cuatro meses. Logré también un parte de la autopsia. Me quedé allí hasta que la hicieron y entonces puse pies en polvorosa.

—Holbrook sacó un papel que alargó al teniente.

El informe del forense daba la descripción física de la joven y su edad aproximada, veinticuatro años, señalando su estado de gestación.

Forester dobló el papel y lo guardó en el bolsillo.

—Un hermoso caso. Creo que sólo hemos hecho que dar palos de ciego. La víctima cambiada...

—Eso significa que tendremos que volver a empezar.

—Sí, Holbrook, pero ahora salimos con un poco de ventaja.

—No lo comprendo, jefe. Esa muchacha fue asesinada en la cabaña de Margot, pero era Linda Disney quien llevaba la llave.

—¿No se encontró nada aparte del cadáver?

—Su bolso debe continuar dentro del lago o quizá se lo llevó el asesino...

—Apuesto a que en ese bolso encontraremos una llave duplicada de la cabaña de Margot.

—¿Quiere decir que esa muchacha sacó un molde de la llave de la cabaña?

—Quizá fue eso. Lucy era vecina de Margot y, por lo tanto, conocía la existencia de la cabaña. Lucy se enamoró de un tipo que por alguna razón quería conservar en secreto sus relaciones con la vocalista. Entonces ella pensó en la cabaña del lago. Se lo digo al fulano y estuvieron de acuerdo. Las cosas ocurrieron en un sentido diferente a como las habíamos imaginado. Pensamos que el asesino se había equivocado de víctima, pero no es así. Mató justamente a quien debía matar. Sólo que en este caso se dio una condenada coincidencia. Según la señorita Aldridge el asesino dijo que la víctima había alquilado un automóvil.

—Y de acuerdo con eso hallamos el nombre de Linda Disney, pero en cambio estoy seguro de que el de Lucy Stanley no aparece en ninguna relación. De todas formas lo comprobará. —Holbrook consultó los nombres que había en un papel—. No, Lucy Stanley no alquiló un automóvil en ninguna de las casas que nos facilitaron la relación de clientes.

—Ése es un aspecto que debemos retener. Indudablemente, el

asesino tenía seguridad de que Lucy iba a alquilar un automóvil, pero ella no lo hizo. Sin embargo, Lucy llegó hasta el lago Wolsboro... ¿Por qué procedimiento?

—Me llegaré a la central de autobuses.

—Si, Holbrook, eso será bueno que lo hagas y cuanto antes, mejor.

—¿Estará aquí?

—No. Quiero ir a ese club nocturno, el Milton. Cuando consigas los informes, llegate a la comisaría. Nos veremos allí.

Holbrook hizo un saludo y abandonó el apartamento. El teniente se dirigió a Linda.

—Quisiera pedirle un favor, señorita Disney.

—¿De qué se traía, teniente?

—Me gustaría que nadie más supiese que usted sigue viva, señorita Disney. A Lucy no la mataron por confusión. Ella era la mujer a quien querían asesinar.

—Pero ¿cómo explica que lo hiciesen en la cabaña de Margot?

Forester dio su hipótesis acerca del molde que Lucy habría sacado de la llave de la cerradura de la cabaña y sus motivos. Lucy había sido muerta por su amante porque iba a ser madre.

—Necesito retirarla de la circulación, señorita Disney. La explicación es muy sencilla. El crimen se cometió en Falconville, pero estoy convencido de que la solución sólo podría ser hallada en nuestra ciudad. Quizá sea jugar con un poco de ventaja pero necesito que el *sheriff* de Falconville no sepa todavía la verdad. Naturalmente, sólo podremos conservar el secreto durante poco tiempo pero procuraré darme prisa.

—Cuente conmigo, teniente.

Forester miró a Oscar Greene y éste cabeceó.

—No diré una sola palabra a nadie. Yo mismo acompañaré a Linda a Northingdale.

—Me temo que, si hiciesen eso, no podríamos conservar el secreto. Señorita Disney, puedo conducirla a cierto hotel de la ciudad donde podrá hospedarse con nombre supuesto.

—Sí, señor Forester.

—Perdona, Linda —dijo Oscar—, pero sí te quedas, yo no tengo más remedio que regresar al pueblo. Mi madre se encuentra enferma. Pensé que volverías conmigo...

—No tienes que preocuparte. Vete tranquilo. Quiero ayudar al teniente en su trabajo para capturar al asesino de Lucy Stanley.

Oscar tendió la mano al teniente.

—Celebro haberle conocido, señor Forester. Si alguna vez va a Northingdale, recuerde que yo vivo allí. Será bien recibido.

—Gracias, Greene.

Oscar abandonó el apartamento.

—Parece un buen chico —comentó Forester.

—Oscar es un hombre encantador, el más fiel amigo.

Salieron a la calle y Linda señaló el coche que había alquilado en la agencia Digs Stone, un «Buick», modelo del año anterior.

Mike ocupó el volante y ella se sentó a su lado. Empezaron el viaje hacia el hotel.

Forester encendió un cigarrillo y observó el perfil de la joven admirando su belleza.

—¿Qué me dice de Chick Wooler?

—Es un hombre un poco irascible. Una vez nos encontramos en el ascensor. Chick Wooler estaba nervioso por algo que había ocurrido en el club nocturno. Estaba hablando con insolencia a Lucy, pero callaron al verme. Cuando me despedí en mi planta y continuaron el viaje hacia arriba, volví a oír la voz altisonante de Chick.

—¿Está casado?

—Sí.

—¿Qué hay de Don Lennox?

—Lucy me lo presentó en una ocasión, pero nunca le pregunté acerca de él. La verdad es que no sentía el menor interés. Es un hombre de aspecto zafio, casi brutal. No le gustó que Lucy me presentase.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos tres meses.

—¿Lucy estaba ya en la casa cuando usted se fue a vivir con Margot?

—Sí, pero en aquella época Lucy trabajaba con otra orquesta y constantemente estaba viajando. Lo de Chick Wooler surgió hace ocho o nueve meses.

Al llegar al hotel, Forester habló con el empleado del registro, un muchacho que atendía por el nombre de Eric. No hubo ninguna

dificultad. La joven se inscribió con el nombre de Joanne White.

El teniente estrechó la mano de la joven, junto a la puerta de la habitación.

—Me tengo que marchar ahora, pero volveré a verla en cuanto me sea posible.

—Le deseo suerte, teniente.

Forester miró los ojos de la joven y sintió un pequeño escalofrío en la espalda. Era la primera vez que le ocurría con una mujer.

—Quiero darle las gracias por haberme reservado la noticia de su resurrección, señorita Disney.

La joven no contestó y él hizo un saludo yendo hacia la escalera.

En la calle, tomó un taxi y dio al conductor la dirección del «Club Milton».

CAPÍTULO X

La orquesta de Chick Wooler estaba interpretando un «*twist*».

Forester bebió un *whisky* sentado ante el mostrador del bar en forma de media luna.

Don Lennox podía sentirse satisfecho de su negocio. Todas las mesas del local estaban ocupadas.

Ante el micrófono en el tablado de la orquesta no había ninguna mujer que cantase.

Chick Wooler, delante de sus músicos, dirigía y tocaba la trompeta. Era un hombre alto, delgado, de cabello color de la ceniza. Defendía sus ojos con lentes de graduación, montados en armazón de carey, y se cubría con *smoking* blanco.

Después del «*twist*», los muchachos de Chick Wooler interpretaron un «*rock*» y un «*madison*». Finalmente, Chick concedió un descanso.

El mostrador se llenó de gente y Forester, después de pagar su *whisky*, saltó del taburete yendo hacia el lugar donde se encontraba Chick. El director estaba hablando coa el pianista.

—Te adelantaste un poco, Norman.

—Yo creo que no.

—¿Quién es el que dirige aquí?

—Tú, pero todo el mundo puede equivocarse.

—Yo no me equivoco cuando se trata de mi música.

—Está bien, Chick, no me adelantaré la próxima.

—Eso está mucho mejor.

El pianista se apartó de Chick rezongando por lo bajo.

El trompetista sacó un pañuelo con el que se secó la transpiración de las manos.

—Hola, Chick —dijo el teniente por detrás de él.

Wooler se volvió y, al ver al hombre que le dirigía la palabra, enarcó las cejas.

—¿Le conozco?

—No, pero eso es natural. Nunca nos vimos antes de ahora. Me envía él para decirle que esté tranquilo...

—No le entiendo.

—No falló el golpe. Son los polis los que están despistados. Murió como usted quería.

—Oiga, ¿está usted loco?

—Déjese de cuentos. Mi amigo ha tenido un poco más de jaleo del que había previsto.

Quiere otros doscientos machacantes para hacerse humo.

—¿Sabe una cosa? No tengo la menor idea de lo que me está hablando. Debe haberse escapado de algún hospital de enfermos mentales, pero si deja de molestarme no tendré inconveniente en que siga suelto.

Chick dio media vuelta y se apartó de Forester. Mike lo siguió con la mirada.

El músico se detuvo ante una mesa donde había una pelirroja y una rubia. Sentóse con ellas y se pusieron a hablar, pero, al cabo de un rato, Chick volvió la cabeza donde Forester se encontraba. Permanecieron mirándose unos instantes y fue el músico quien apartó la mirada.

El teniente se encaminó hacia la puerta que había al fondo. Dio unos golpes y entró antes de que le llegase una voz.

La estancia era muy espaciosa y las paredes a prueba de ruidos.

Tras de una mesa se encontraba un hombre de cejas espesas como cepillos, nariz achatada y hocico saliente. Interrumpió lo que estaba diciendo a un tipo de mediana estatura y cabello rubio. Éste también giró al oír que la puerta se abría.

—¿Molesto? —dijo Forester.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre de las cejas espesas.

—Quiero hablar con usted a solas, señor Lennox.

—¿De qué quiere hablarme?

—Es un asunto confidencial. Le interesa mucho.

—Está bien. Hable.

—Le dije a solas.

Lennox titubeó unos instantes, y finalmente miró al rubio.

—Sal un momento, Max, pero no te vayas lejos.

—Sí, señor —asintió el llamado Max y echó a andar. Al pasar junto a Mike le dirigió una mirada de curiosidad.

Después que el rubio hubo salido, Forester avanzó hacia la mesa.

—Está bien. ¿Qué quiere? —preguntó Lennox con voz impaciente.

—Me manda mi amigo, quien usted ya sabe.

—¿Quién?

—Le diré el mensaje que me ha dado y ahorraremos los nombres... —Forester hizo una pausa—: El no tuvo la culpa del fallo. Las cosas ocurrieron de una forma imprevista, pero no tiene que preocuparse. Hará, lo que debía hacer.

—Me está hablando en chino.

—Mi amigo ha imaginado que usted se preocuparía al leer lo de esa Linda Disney. Por ello decidió enviarme a mí... para aclararle las cosas.

—No me está aclarando nada. Todo lo contrario. Eso que usted diré no tiene sentido para mí. Creo que se equivocó de dirección.

—Está bien. Si se pone así, diré un nombre para demostrarle que estoy enterado de todo: Lucy Stanley.

—¿Dónde está? Ya son dos noches las que falta y no sabemos nada de ella. Se ausentó sin avisar. Tiene un contrato con la orquesta de Chick Wooler y Chick firmó otro conmigo.

—Usted sabe que Lucy no puede volver a cantar.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Oiga, así no nos entendemos.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció otra vez el rubio, pero tenía una pistola en la diestra.

Forester había visto perfectamente cómo Lennox metía la mano por debajo de la mesa. Dispuso de tiempo suficiente para sacar la pistola, pero con eso no habría adelantado nada, de modo que prefirió dejar que Lennox hiciese su juego.

—¿Ocurre algo, jefe? —inquirió Max.

—Este chiflado se metió aquí y se ha puesto a decir tonterías El rubio se acercó a Forester.

—¿Qué se le ofrece, hermano? El teniente dio un suspiro.

—Lennox, mi amigo se va a enfadar mucho cuando le cuente esto.

—Empiece a decir quién es su amigo.

—Él me dijo que no citase su nombre.

—Más tonterías —repuso Lennox.

El rubio levantó el brazo armado, pero Mike saltó alejándose de él.

—Podrá decirnos quién es usted —habló Lennox—. ¿Verdad, compañero?

—Desde luego. No hay inconveniente si se pone así.

—Vamos, dígalo.

—Tony «La Caza».

Lennox frunció el ceño y miró a Max.

—¿Oíste hablar de Tony «La Caza»?

—Sí, claro que sí.

—¿Dónde?

—Es de Omaha. Nunca lo vi.

—¿A qué se dedica?

—Salteador de Bancos. Se cargó a dos polis hace un par de años. Anduvieron detrás de él, pero se evaporó.

—¿Con quién trabajabas, Tony? —preguntó Lennox.

—Con Freddie «El Gordo».

—¿Es eso cierto, Max?

El rubio cabeceó afirmativamente.

—Sí, jefe. Freddie «El Gordo» tenía una buena banda. Sólo eran cinco, cuatro hombres y una mujer. Ella era Blondie Maggie, una muchacha con muchas agallas. Se encargaba de conducir el coche. Tenía por costumbre llevar un vestido de cuero, sombrero redondo que le cubría la frente y gafas oscuras. Freddie «El Gordo» está en prisión a perpetuidad. Tuvo suerte de escapar a la silla. No tomó parte en aquel asalto donde murieron los polis. La policía fue matando a los otros. Tan sólo quedaron libres Blondie Maggie y Tony «La Caza».

Lennox sacó un cigarro del cajón y lo mordisqueó. Mientras encendía, sus ojos se convirtieron en rendijas.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, Tony?

—Por ahí —respondió el teniente.

—¿Dónde es por ahí?

—Oiga, sí yo me he de ver en otro apuro tendré que regresar a la madriguera. Ya le he dicho quién soy. ¿No le basta? Freddie «El

Gordo» no hacía tantas preguntas.

—¿Qué botín se llevaron en aquel último asalto, Max?

—Cien mil pero nunca fueron hallados. Lennox sonrió.

—Vaya, Tony, parece que nadas en oro.

—Debería ser así, ¿verdad? —repuso el teniente— pero las mujeres son unos bichos.

—No me digas que Maggie te la pegó.

—Así fue. Esa maldita quiso levantarme la tapa de los sesos. Desperté a tiempo de burlar la bala, pero la explosión me dejó mareado. Cuando fui a darme cuenta, ella volaba en el coche. Yo no tenía ninguno a mano y la población más cercana estaba a cincuenta millas. Me dije que, si emprendía la persecución de Blondie, caería en manos de la policía, de modo que lo dejé.

—Y ahora te has decidido a salir a la superficie.

—Ya han pasado dos años, pero no lo habría hecho de no ser por nuestro amigo, ya sabe, el que le encargó a usted el trabajo.

Lennox no dijo nada.

—Bueno —prosiguió Forester—. Ya he perdido demasiado tiempo. Le repetiré el mensaje. Mi amigo va a rectificar, pero necesita otros quinientos.

—No sé de qué estafa se trata, Tony, pero no voy a soltar un solo dólar.

—Muy bien. Si eso es lo que quiere que le diga, lo haré así. No estoy interesado en esto. Sólo me llegué aquí para hacerle un favor.

En aquel momento se abrió la puerta y dos hombres entraron en la estancia. Uno era alto, de cabello rojizo, y el otro de talla más baja y orejas arrepolladas.

—¿Cómo estás, Lennox? —dijo el pelirrojo.

—De primera. ¿Y tú, Roger?

Forester sintió un estremecimiento, porque el hombre de cabello rojizo era Roger Wade, un poderoso jefe de gang, especializado en la administración de hipódromos.

En una ocasión había ido a hablar con él respecto al asesinato de un *jockey*. Resultó que el criminal era un compañero de la víctima.

Roger se detuvo a medio camino.

—Si estás ocupado me entretendré un rato con las chicas, Lennox.

—Sí, Roger. Será mejor.

Forester seguía de espaldas y Roger se había detenido.

—¿Tienes bastante con treinta minutos, Lennox?

—Corriente.

—Entonces te dejo —hizo una pausa y agregó—: Ten cuidado, Lennox. El teniente Forester sabe utilizar el seso. Te verás en un apuro si ha venido aquí a buscarte las cosquillas.

Lennox se había quedado de muestra.

El rubio iba a sacar otra vez la pistola, pero esta vez Mike le sacó ventaja.

—Quieto, Max.

El teniente retrocedió hacia la pared moviendo la pistola en abanico.

—Conserve la serenidad. No vacilaré en apretar el gatillo. Tú, rubio, ponte las manos en la nuca.

Lennox apartó el cigarro de la boca e hizo una mueca.

—De modo que es un teniente de la policía. Roger Wade se puso a parpadear.

—Claro que es el teniente Forester. ¿Qué ha pasado aquí?

—Tu poli se presentó aquí diciendo que era Tony «La Caza». Wade lanzó una carcajada.

—Teniente, ¿se ha creído que era protagonista de una película de buenos y malos? Infiernos, y al parecer estaba obteniendo éxito. Siento haberle estropeado la representación... ¿Lo hizo bien, Lennox?



—Muy bien, pero yo no soy el culpable, sino Max. Lo contraté para que me asesorase, y la vez que tengo más necesidad de él me falla.

Forester ladeó la cabeza.

—¿Por qué lo necesitaba más que nunca, Lennox?

—Usted me estaba tendiendo una trampa, teniente, ¿o lo va a negar?

—No, no lo voy a negar. Vine aquí en su busca.

—¿Por qué motivo, teniente?

—Para hacerle pagar un asesinato.

—Oye, Roger, dijiste que este poli tenía seso. Yo no se lo veo por ninguna parte.

El rubio fue a bajar la mano, pero Mike hizo una señal con la pistola y volvió a ponerlas sobre la cabeza.

—Lennox —dijo Forester—, usted ordenó la muerte de Lucy

Stanley.

—¿La muerte de Lucy, yo? ¿Qué dice, teniente?

—Sabe perfectamente que está muerta.

—¿Quién la ha matado? ¿Quién, maldita sea?

—Usted, Lennox.

—Guarde esa pistola, teniente. Guárdela y conocerá cuál es mi respuesta. Lo destrozaré con mis propias manos. No sé si lo que está diciendo es cierto, pero, si Lucy ha muerto, juro que se lo haré pagar a quien lo haya hecho.

—¿Qué significaba esa mujer para usted?

—Era mi amiga, y con eso tiene bastante.

—Está bien, Lennox, me voy a marchar porque no puedo detenerlo aún. Daré con la prueba que necesito para meterlo entre rejas.

—¿Qué prueba?

—Me consta que encargó a un asesino profesional la muerte de Lucy Stanley. Daré con ese tipo aunque tenga que poner patas arriba la ciudad, y entonces habrá llegado su hora.

Forester retrocedió hacia la puerta.

—Nos volveremos a ver, Lennox.

—Escuche, teniente. Déjeme en paz. Si hay algo en el mundo que odie por encima de todas las cosas, es a un poli.

Mike salió del despacho.

En el camino hacia la calle se encontró con Chick Wooler.

—¿Todavía está aquí? —dijo Chick.

—¿A dónde fue, Wooler?

—No es asunto suyo.

—¿Sigue creyéndome un loco?

—Váyase al infierno.

—Imagino a lo que fue, a telefonear al asesino.

Sin esperar una respuesta, Forester continuó su camino. Cuando llegó al aire libre, inspiró profundamente.

No podía hacer otra cosa que lo que había hecho.

CAPÍTULO XI

Linda Disney se dijo que debería dormir. Llevaba un rato tendida en la cama, la luz encendida.

Estaba pensando en el teniente Forester. Nunca le había causado una impresión tan grande un hombre. Era agradable, simpático, a pesar de la dureza que imprimía a sus menores gestos.

Ya había transcurrido una hora desde que se marchó. Forester le había dicho que volvería lo antes posible.

Miró el teléfono y alargó la mano, pero no descolgó el auricular. El teniente quizá no estuviese en la comisaría, y allí preguntarían quién era...

Necesitaba descansar. Durante unas horas había sido presa de los nervios. Apagó la luz y cerró los ojos.

Pero no pudo conciliar el sueño. Estaba desvelada. De pronto oyó un ruido.

No se movió en la cama. Le pareció que alguien estaba a la otra parte de la puerta haciendo girar el tirador.

—¿Es usted, teniente Forester? No le llegó ninguna respuesta.

Sintió que todo su cuerpo estaba rígido.

Dio la vuelta al conmutador de la luz y sus ojos quedaron fijos en el tirador. Alguien lo sostenía desde fuera. Todavía no había retirado la mano.

—¿Quién anda ahí?

El tirador empezó a moverse poco a poco hasta quedar en su posición normal. Sintió que el corazón le golpeaba dentro del pecho.

Pasó un minuto. Dos.

Se dijo que se estaba comportando como una chiquilla. Todo tenía su explicación. Cualquier huésped se había confundido de

habitación. Eso es lo que había pasado y, naturalmente, quienquiera que fuese, no había querido ser sorprendido por si interpretaban mal su error. Esas cosas pasaban en los hoteles.

¿Por qué había de sentir temor? Todo había quedado explicado. Nadie quería matarla a ella.

Se lo había explicado el teniente Forester. La víctima marcada por el asesino era Lucy Stanley. El destino había jugado con sus vidas. Quizá la confusión hubiera ocurrido si ella se hubiese llegado a la cabaña. El hombre que debía matar a Lucy Stanley podría haberse equivocado y matarla a ella, pero cuando decidió llegarse a Northingdale para completar los datos necesarios a su libro, las cosas transcurrieron tal como las había tramado aquella mente criminal. También sabía por qué había sido muerta Lucy. Iba a ser madre. Pero el teniente Forester descubriría al loco asesino que había sido capaz de matar a Lucy y al hijo de ambos que ella llevaba en sus entrañas.

¿Por qué se debía inquietar?

Exhaló el aire y apagó de nuevo la luz.

No, ya no le era posible ir a la cabaña de Margot. Se quedaría en casa de su madre. Allí terminaría el libro. Después de todo, sería una buena oportunidad para hacer las paces con su padrastro. Le debía una reparación por la forma en que se había comportado con él cuando su madre le anunció que se iba a casar de nuevo.

Todo transcurriría bien.

Con tales pensamientos empezó a sentir sueño y no tardó en dormirse.

Soñó que estaba en un pajar. Ella lo conocía. Y se ubicaba en la parte posterior de la granja de los Morton, en Northingdale. Durante su niñez le gustaba ir allí a jugar.

Muchas tardes de verano se había tendido en el heno porque le gustaba su olor y se había puesto a pensar en todo lo que haría cuando fuese mayor.

De pronto apareció un hombre en la puerta del granero. Su cara era borrosa. Blandía un cuchillo. Ella se levantó asustada preguntando:

«¿Quién es usted?».

Y aquel hombre contestó: «No importa quién sea».

Se arrojó sobre ella antes de que pudiese gritar y le cubrió la

boca con la mano libre.

Ella se estuvo quieta porque el hombre le había apoyado la hoja del cuchillo en el cuello.

«¿Qué va a hacer? ¿Por qué me va a matar?», le preguntó.

Miró su cara pero seguía siendo borrosa. Sólo podía ver la raja de su boca y por ella brotaron otra vez las palabras: «Has de morir, pequeña. Tiene que ser así».

El hombre hizo un movimiento con la mano que empuñaba el cuchillo y Linda sintió cómo la aguda hoja penetraba en su cuello.

Fue entonces cuando despertó.

Permaneció quieta, invadida por la extraña sensación de que no se encontraba a solas en la estancia.

Oh, no, era absurdo. Todavía estaba bajo la influencia de su sueño.

Sintió una corriente de aire. Miró hacia la ventana y vio flotar los visillos. ¡Estaba segura de que antes de acostarse la ventana estaba cerrada!

Sus ojos fueron recorriendo la oscuridad de la estancia.

Contuvo un grito cuando vio dos ascuas que brillaban a tres yardas de distancia. Era cierto. No estaba sola. En su habitación había un hombre.

Creyó que el corazón se le paralizaba. Aquellos ojos seguían inmóviles fijos en ella.

Algo brillaba más abajo. Un objeto alargado, puntiagudo. ¡Un cuchillo! Oyó un roce y se dio cuenta de que los ojos habían avanzado un poco. Saltó hacia la otra parte de la pared y apoyó las rodillas en el suelo.

—¿Quién es usted?

El hombre no contestó, pero empezó a dar la vuelta por las patas de la cama. Linda gritó echando a correr hacia la puerta.

Sintió cómo una mano la atrapaba por el hombro haciéndola girar bruscamente.

El instinto le hizo levantar la rodilla golpeando en el vientre a su agresor, el cual la dejó libre lanzando un gruñido animal.

Linda se abalanzó sobre la puerta. Trató de abrirla pero entonces recordó que estaba cerrada con llave. Hizo girar ésta en la cerradura, pero se volvió porque el hombre se lanzaba otra vez sobre ella.

Agachóse en el momento en que el cuchillo iba en busca de su garganta. Sintió cómo el cuchillo se clavaba en la puerta.

El hombre dejó escapar un rugido.

Linda levantó su brazo descargándolo en la cara del tipo el cual retrocedió. Linda abrió la puerta y echó a correr por el pasillo dando gritos.

De pronto dio un traspié y cayó rodando.

Perdió el sentido al golpear la cabeza contra un peldaño.

No supo cuánto tiempo transcurrió. Al fin abrió los ojos y vio la cara de Forester.

—¿Qué le ha ocurrido, Linda?

Estaba tendida en un diván. Al lado de Forester estaba el muchacho rubio del registro.

—Teniente, en mi habitación... Un hombre intentó asesinarme con un cuchillo...

—Acabo de llegar. Iré a su cuarto.

—¡No se marche de mi lado, señor Forester! —gritó Linda agarrándose al brazo del policía.

—Tranquícese. Ya no le ocurrirá nada... ¿Tienes un poco de *whisky*, muchacho?

—Sé dónde el jefe guarda una botella. De paso me serviré yo otra ración. Menudo susto me dio cuando la vi rodar por la escalera.

El empleado llamado Eric dejó solos a los jóvenes.

—¿Cómo fue, Linda? ¿Quién era?

—No lo sé... No lo pude ver... La habitación estaba a oscuras. Primero intentó entrar utilizando la puerta. Me asusté un poco, pero luego pensé que había sido un huésped que se equivocó de cuarto. Me quedé dormida. Tuve un sueño horrible. Un hombre con cara borrosa intentaba matarme, yo era una chiquilla y estaba en Northingdale, y al despertar, justamente había un hombre en mi habitación con un cuchillo. ¡Oh, ha sido horrible!

La joven se puso a sollozar escondiendo la cabeza en las manos.

Forester le había pasado el brazo por la espalda y la atrajo contra su pecho. Eric llegó con el *whisky*.

La joven bebió un trago.

—Eric —dijo el teniente—. ¿Quién entró en el hotel después de nosotros?

—La señora Simpson y el señor Vince. Son dos clientes que

pasan muchas temporadas aquí. Los dos, personas de confianza.

—¿Quién más?

—Nadie más. —Eric bajó la mirada al suelo—. Quiero hacerle una confesión, teniente.

Me quedé dormido un rato.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Me despertó la señorita cuando cayó por la escalera. La joven estaba en combinación.

Forester la tomó del brazo y subieron la escalera. Linda se detuvo al ver su puerta cerrada.

—No se preocupe. El ya no estará ahí.

De todas formas, el teniente sacó la pistola.

Abrió la puerta y dio la vuelta al conmutador de la luz. La estancia estaba vacía y la ventana cerrada.

La joven apareció por detrás de Mike.

—Usted pensará ahora que todo ha sido una pesadilla.

—No, Linda. La creo.

—¿Habla en serio?

—Absolutamente.

La joven se cubrió con el vestido y miró al teniente, el cual ya había examinado la habitación y la escalerilla de incendios.

—Usted dijo que la víctima era Lucy y que yo no tenía nada que ver con ese crimen. Si es así, ¿por qué han intentado matarme ahora?

—Llevo un rato pensando en ello. Sé que la respuesta que le voy a dar le parecerá en un principio complicada, pero tal como se han desarrollado los sucesos, ya no tengo ninguna duda.

—¿Cuál es la respuesta complicada, teniente?

—Se trata de dos intentos de asesinato que no están relacionados entre sí. Por un azar, dos personas decidieron matar a una mujer, y entonces empezaron las coincidencias. Ambas debían ser muertas en el mismo lugar, en cierta cabaña del lago Wolsboro, que pertenecía a Margot Edén. Esta coincidencia es fácilmente explicable, puesto que las dos víctimas conocían a Margot Edén. Una de ellas compartía con Margot su apartamento, y la otra vivía en la planta superior a la de Margot. Una de las dos muertes había sido encargada a un asesino profesional, fue la de usted. Pero sólo un asesinato se llevó a efecto, el de Lucy. Eso creó una confusión. La

señorita Aldridge oyó una conversación tras de una valla. Un hombre le encargaba a otro la muerte de una mujer que iba a empezar sus vacaciones y que había alquilado un coche. Ése era el crimen en el que usted jugaba el papel de víctima, pero usted escapó del asesino gracias a que en el último momento decidió llegarse a Northingdale. Lucy no tuvo tanta suerte por la sencilla, razón de que el hombre que la quería matar no encargó a nadie el trabajo. Con toda seguridad, Lucy viajaba en el coche de él hacia la cabaña. Uno de mis agentes, Holbrook, se llegó a la estación de autobuses y ha comprobado que entre los viajeros que fueron a Falconville ayer no estaba Lucy Stanley.

—Pero ¿quién es el asesino de Lucy? ¿Quién quiere matarme a mí?

—Eso es lo que vamos a descubrir ahora, Linda.

—¿Cómo?

—Empecé a armar un plan, y todo lo que ha ocurrido aquí sólo ha hecho que confirmar las medidas que he adoptado. Quizá surta efecto.

CAPÍTULO XII

La calle estaba desierta.

El teniente Forester caminaba por la acera. No se oían sus pasos porque calzaba zapatos con suelas de crepé.

Miró los coches que había junto al bordillo de la acera. Ninguno de ellos estaba ocupado.

Un poco más abajo vio un escaparate de un almacén de todo a 0'95. Más allá había una zona oscura. Se dirigió hacia ella.

—¿Qué hay, Shaffy? —preguntó. Una voz surgió de las tinieblas.

—Todo bien por ahora.

—¿Qué es lo que hizo?

—Salió del «Club Nocturno» un poco antes de que cerrasen las puertas. Una pelirroja lo estaba esperando en un «Ford», modelo 1960, azul y blanco. Se fueron a una de esas cuevas de Greenwich Village, pero sólo permanecieron allí cosa de media hora. Al salir, la chica había cargado algo. Le dijo que era un, tipo muy aburrido. Se volvieron a meter en el coche y vinieron aquí, al apartamento de ella. De eso hace ya unos veinte minutos. Holbrook está a la otra parte y me hizo una señal. La ventana está encendida. Es la cuarta planta.

—Bien, Shaffy. Seguiremos esperando.

—Lo malo es que no ha resultado. Usted ha podido equivocarse, teniente.

—He podido equivocarme. Pero éste es el juego, muchacho.

El teniente retrocedió por la acera y poco después se introducía en un automóvil de la policía. Sacó una botella de *whisky* de una gaveta, bebió un trago y prendió un cigarrillo.

Estaba acostumbrado a esperar. ¿Cuántas horas de su vida pasaría esperando un policía? Pero no valía la pena llevar una

estadística. La mayor parte de los ciudadanos ahora dormían, otros estarían despiertos, algunos de ellos tramando matar a alguien.

¿Cómo hacerlo para no ser atrapado? Ésa era la cuestión.

De pronto vio brillar algo a la derecha. Era Holbrook y hacía la señal con su cigarrillo.

Quería decir que la luz de la habitación de la pelirroja se había apagado.

Forester apretó los dientes. No ocurriría nada. Había fracasado. Aquel hombre no saldría del aparcamiento de la pelirroja. Y ésa era su última oportunidad.

No podía guardar su secreto, que la víctima era Lucy Stanley.

Cuando el capitán Miller se informase de todo podía estar seguro de que se encontraría ante una difícil papeleta. El comisionado pediría su dimisión y el capitán no estaría en condiciones de echarle una mano.

Al diablo con todo. ¿Qué haría cuando saliese del Departamento? Su amigo Allen estaba haciendo un buen negocio vendiendo coches usados. Allen le había dicho que, si alguna vez lo despedían del Departamento, le tendría preparada una vacante. ¿Qué cara pondría Allen cuando al día siguiente se presentase en su negocio diciéndole que le aceptaba el puesto...?

Había otra solución. Largarse a otro Estado y sacar una licencia de detective privado.

Bueno, ya decidiría.

De pronto oyó un ruido al fondo de la calle. Una puerta se había cerrado.

Un hombre salió muy aprisa del edificio donde se ubicaba el apartamento de la pelirroja. Era él.

Se metió muy aprisa en un «Ford» que arrancó con un rugido salvaje. Forester dio una vuelta a la llave de ignición.

Les había dicho a Holbrook y a Shaffy que permaneciesen en su lugar si la pieza salía de la madriguera.

El «Ford» azul y blanco desapareció por una calle transversal justo cuando él pasaba frente al lugar donde se encontraban sus dos agentes. Pero no tenía tiempo para recogerlos.

Shaffy movió el brazo, pero él respondió con una señal para que supiese que se marchaba solo.

Dobló por la calle y soltó una maldición al no ver la luz piloto

del otro coche. Se preparó para girar el volante en la primera bocacalle. Allí se lo jugaba todo.

Cuando estaba trazando la curva, vio al fondo las luces de posición de su presa.

Avanzaba con los faros apagados. El motor del coche respondía bien y no hacía ningún ruido.

Disminuyó la ventaja que le llevaba el «Ford». Dejaron atrás el Rockefeller Center.

No tuvo duda de que el «Ford» se dirigía al túnel Lincoln. Efectivamente, cruzaron el río por aquella parte.

Al llegar a Weehawken, el coche subió por el bulevar Hudson y luego por la calle Fulton.

Forester lo siguió, disminuyendo la velocidad. Tenía la impresión de que aquél era el término del viaje.

Efectivamente, el «Ford» se detuvo hacia el número cien.

Forester vio salir del coche a su hombre. Ni siquiera se detuvo para mirar a un lado u otro. Abrió la verja de un jardín y desapareció en la oscuridad. Forester saltó a la acera y echó a andar muy aprisa. Llegó a tiempo de ver al tipo introducirse en la casa. Pero no vio a la persona que le franqueaba la entrada.

La puerta se cerró.

Las persianas estaban echadas. No se veía ninguna luz. Forester esperó un minuto y pasó las piernas por la verja. En ese momento oyó un grito.

Sacó la pistola y echó a correr hacia el porche.

Hizo girar el tirador y la puerta obedeció a su impulso. Se encontró en un vestíbulo a oscuras.

De pronto oyó un estampido y corrió hacia la puerta por donde se filtraba una ranura de luz.

Abrió de un tirón penetrando en la estancia. Chick Wooler tenía una pistola en la mano, y un hombre estaba en el suelo.

—Suelte esa arma, Chick. Soy el teniente Forester. Policía. Wooler volvió la cabeza.

—Teniente, ¿eh? Lo celebro.

—Yo también... Vamos, tire esa pistola. Wooler arrojó el arma sobre un sillón.

—Acérquese a la pared —ordenó Mike.

Wooler obedeció y entonces Forester se agachó sobre el hombre

que estaba de bruces en el suelo, le dio la vuelta y comprobó que estaba muerto. El proyectil de Wooler le había atravesado el corazón.

Era un joven de unos veintiocho años, de cabello castaño y nariz un poco torcida.

—¿Quién es, Wooler? —preguntó levantándose.

—Will Martino. Procede de Cleveland.

—¿Por qué lo ha matado?

—Es un asqueroso chantajista. Le dije que no le pagaría más y sacó la pistola.

—No le veo ningún arma.

—No le di tiempo a sacarla. Compruébelo, teniente, y verá que tiene una pistola.

Forester ya lo había comprobado. Will Martino guardaba un arma en la funda, bajo la axila.

—Me había sacado cinco mil dólares en los últimos seis meses —continuó Chick—. Le dije que no tenía dinero, pero eso a él no le importaba. Debía sacarlo de donde fuese... Me llené de deudas por culpa de él.

—¿Por qué lo chantajeaba?

Wooler se pasó una mano por el cabello.

—Ya no me importa que lo sepa.

—Muy bien, Wooler. Adelante.

—Mi verdadero nombre no es Wooler, sino Steve Kelton. Estuve en un correccional desde los trece años hasta los veinte. Maté al maestro de mi escuela. No hacía más que pegarme, y un día atrapé un punzón y lo liquidé. Se lo tenía merecido... Nadie conocía mi pasado. Este puerco se enteró de alguna forma y me amenazó con decirlo a la Prensa. Últimamente firmé un contrato con la TV. Voy a actuar dos veces por semana en un «show». Tengo un brillante porvenir, todo el mundo lo dice. Puede imaginarse lo que habría pasado si se hubiese conocido mí verdadero nombre, esa historia... Le pagué bien y le dije qué me dejase en paz.

—Eres un embustero, Chick.

—No me cree, ¿eh? —sonrió Wooler—. Muy bien, atrape el teléfono y llame al director del correccional de Kansas City. Allí le dirán quién es Steve Kelton. Pídales una fotografía y mis huellas dactilares. Compárelas con las mías y se cerciorará de que no le he

engañado.

—No me has entendido bien, Chick. Creo en ese turbulento pasado tuyo, pero no has matado a Will Martino por ese motivo.

—Le repito que me, estaba chantajeando.

—También admitiré eso, pero Will Martino no te estaba sacando el dinero porque conocía lo referente a ese primer crimen que cometiste. Te ordeñaba por el segundo asesinato.

—¿Qué dice?

—Will Martino vio cómo lo perpetrabas.

—Pero ¿de qué habla?

—Tú mataste a Lucy Stanley.

—¿Lucy Stanley...? No sé nada de ella. Se marchó hace un par de días sin decir nada. Era la vocalista de mi orquesta y me dejó plantado. ¿Qué le parece? Iba a actuar conmigo en el «show» de la TV. Pero Lucy estaba pasando por una crisis. No sé a qué era debido... He sido siempre un buen amigo para ella. Le pregunté qué le ocurría, pero no me lo quiso explicar... Hace unos días me dijo que quizá se largase. —Chick Wooler cada vez hablaba con más nerviosismo.

—Era tu amante, Chick, e ibais a tener un hijo... Tú estáis casado... Quizá quieras a tu mujer. Lo de Lucy sólo era un capricho. Te pidió que te divorciases, que te apartases de tu esposa, y te casases con ella, pero tú le dijiste que borrara de su mente esa idea. Entonces te amenazó con contárselo a tu mujer. Ya habías matado una vez, ¿por qué no hacerlo de nuevo? Lucy, sin darse cuenta, facilitó la forma de que lo hicieses sin mucho riesgo. Ella tenía una llave de la cabaña de Margot. Posiblemente se le ocurrió sacar ese molde mucho tiempo atrás, porque sabía que Margot iba muy de tarde en tarde a la cabaña o quizá se lo sugeriste tú. Era vuestro nido de amor.

—Usted tiene mucha imaginación, teniente. No ocurrió nada de eso.

—Decidiste matarla anoche... Tú mismo le dijiste a Lucy que no apareciese por el club nocturno.

—Tonterías. No le dije nada.

—Uno de mis hombres preguntó a tu pianista. Le dijo que ayer teníais ensayo, y que tú llegaste una hora después de haberlo convocado. Estabas un poco nervioso. Tuviste que repetir una pieza

cuatro veces, y siempre la culpa fue tuya.

—¡Ese maldito puerco me odia! No puede, creer a un tipo que está deseando me trague la tierra para convertirse en el director de la orquesta.

—Tenías razones para estar nervioso, puesto que regresabas de la cabaña del lago después de haber matada a Lucy. Otro de mis hombres se llegó al garaje donde guardas tu coche. Un mecánico dijo que tu automóvil, un «Packard», modelo de este año, estaba lleno de barro. Lo entregaste a media mañana. En la región del lago llovió mucho anoche. Por eso tu coche estaba sucio y necesitaba un buen lavado... Mataste a Lucy apenas llegasteis a la calaña. Ni siquiera le diste tiempo para el primer beso, ¿o la estrangulaste mientras la besabas?

—Le repito que se equivoca, teniente.

—Por fortuna, ella dejó una prueba. Sí, Chick. Lucy dejó marcado a su asesino. Mientras las manos del asesino la estrangulaban, atrapó algo, unas tijeras, un cuchillo, una lima de uñas, y se la clavó a su agresor en el cuerpo, produciéndole una herida. Por eso estaba manchado el suelo y el almohadón con algunas gotas de sangre. El asesino, después de matar a Lucy debía arrojar el cadáver al lago. Luego volvería a la cabaña para borrar sus huellas. Pero entonces surgió algo con lo que no había contado. Un testigo. Un hombre que lo había visto todo... Will Martino.

—No sé nada de eso. ¡Pregúnteselo a él, teniente! —gritó Chick, señalando a Martino.

—Will Martino se había llegado allí también para matar, pero su víctima no era Lucy, sino otra mujer, Linda Disney. El destino quiso que Linda Disney cambiase su plan cuando estaba cerca del lago Wolsboro y se dirigiese a su pueblo natal, Northingdale, en Vermont. Will Martino era un asesino profesional, contratado por un hombre que quería deshacerse de Linda... Martino se dijo que, ya que no había podido llevar a cabo su trabajo, podía hacer un buen negocio sacándole el dinero al asesino de Lucy. Debió ser muy sorprendente para ti ver aparecer a aquel hombre con el que no contabas.

La cara de Wooler se había cubierto de sudor.

—Oiga, teniente, le voy a hacer una confesión. Will Martino la mató... El la mató, se lo juro... Usted mismo lo ha dicho. Martino

estaba esperando a una mujer para matarla y se confundió. Eso es. Yo estaba a la orilla del lago y oí un grito. Era Lucy. Cuando regresé a la cabaña Lucy estaba muerta. Entonces Will Martino salió de una habitación y me apuntó con una pistola. Me amenazó con decir que yo la había matado..., pero había una forma de arreglarlo. Yo tendría que darle dinero y guardaría silencio. Todo quedaría entre los dos...

—Te estás cociendo en tu propio jugo, y no sabes lo que dices. Will Martino era un profesional, y los tipos como él no hacen las cosas así. De todas formas, has olvidado la prueba que dejó Lucy. Anda, desnúdate, Chick.

—¿Qué?

Ya lo has oído. Quítate la ropa y veré en qué lugar te hirió Lucy. Eso será definitivo.

—Verá, teniente, me herí hace unos días... Mientras tomaba el baño. Di un resbalón y me pegué con el grifo del agua... Fue en el costado... Me hice un corte y salió sangre.

—Eres un ingenuo. La conversación con Will Martino te hizo olvidar las manchas de sangre que había en la cabaña. El *sheriff* de Falconville asegura que tiene un buen técnico de laboratorio. Compararemos tu sangre con la que se encontró en la cabaña y tu historia del baño quedará reducida a polvo.

Chick se dejó caer en el sillón mordiendo los puños.

—¡No puede, teniente! ¡No quiero que me maten! Ha de dejarme libre... Yo no quería... Fue Lucy, ¿ha oído? Todo fue culpa de Lucy... Me tenía atrapado..., y luego apareció este tipejo, Will Martino, un canalla, un miserable... Tengo una gran carrera delante de mí. Soy el mejor trompetista del país. Ande, pregunte a los técnicos y le dirán qué clase de trompetista soy yo... He logrado un nuevo sonido... Ya he grabado tres piezas, pero grabaré muchas más... Se venderán millones de mis discos, ¿lo oye, Forester? Dejaré de ser un don nadie... Seré un hombre famoso, teniente... ¿Qué importa para un hombre superior la vida de dos o tres personas? Fíjese en aquel maestro, era un desgraciado... ¿Y Lucy? Una estúpida. Ella pensó que yo le iba a dedicar toda mi vida. Ahí tiene a Will Martino, una rata de cloaca, pero ya no hará daño a nadie...

Chick se echó a reír mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Forester descolgó el auricular y marcó en el dial el número

de la policía.

CAPÍTULO XIII

Mike Forester apretó el botón de la puerta que tenía delante. Mientras esperaba, observó el jardín bien cuidado.

Abrióse la puerta y Mike vio la sorpresa que se reflejaba en la cara de Oscar Greene.

—Caramba, teniente, ¿usted aquí?

—Vine a traer a Linda y recordé lo que me dijo de que me llegase a su casa cuando pasase por Northingdale. ¿Puedo entrar?

—Desde luego, teniente.

Pasaron a un *living* donde había muebles confortables y una biblioteca con estanterías repletas de libros.

—Ah, teniente, enhorabuena. Hace quince minutos escuché a un comentarista de la TV. Ha tenido un gran éxito descubriendo al asesino de Lucy Stanley... Dios mío, es terrible lo que hacen ciertas personas. Pero después de todo, ¿qué se podía esperar de un hombre que ya había matado a su maestro?

—Sí, Greene. Chick Wooler no tuvo ningún perjuicio en matar a Lucy porque mucho tiempo atrás había emprendido la carrera.

—¿Cómo está Linda?

—Un poco nerviosa.

—Al fin y al cabo, tiene sus motivos. Ella pensó que pudo ser la muerta.

—Es cierto.

—Perdone, no le he ofrecido nada. ¿Quiere beber un trago de *whisky*?

—Muy bien.

Oscar salió de la habitación y Forester se acercó al aparato de TV que había sobre una mesa. Vio una fotografía. En ella aparecía Oscar Greene con Linda Disney. Debía haber sido hecha tres o

cuatro años atrás, a juzgar por el vestido y el peinado de la joven. Linda miraba al fotógrafo y Oscar la miraba a ella.

Oyó pasos tras de sí y vio aparecer a Oscar con los dos vasos.

—Por el brillante éxito que se ha apuntado, teniente —brindó Greene.

—Por usted y por Linda. Después desbeber, Oscar sonrió.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su brindis?

—Me di cuenta de lo que usted siente por ella, Oscar. Se casarán, ¿verdad?

—Eso quisiera yo, pero Linda no es de la misma opinión.

—Quizá usted se refiere a lo que ella pensaba antes de marcharse a la ciudad. ¿Le pidió entonces que fuese su esposa?

—Sí.

—Linda le contestó negativamente.

—Así fue.

—¿No se lo ha preguntado de nuevo? Greene se encogió de hombros.

—Pensé que ella se habría enamorado en Nueva York. Ha transcurrido mucho tiempo y ella es una mujer muy hermosa. Imaginé que conocería hombres que fuesen de su agrado. Yo, para ella, sólo he sido un amigo, el mejor de todos, pero no he pasado de ahí.

—¿Lo intentará otra vez?

—No.

—¿Por qué?

—Le acabo de dar la razón.

—Pero podría equivocarse. ¿No será otro el motivo, Oscar?

—¿Qué intenta sugerir?

—Estuve hablando con el doctor Cobey. El tema fue usted, Greene. La cara de Greene se demudó.

—¿Cómo ha hecho eso, teniente?

—Siempre me informo acerca de las personas que intervienen en un caso que yo investigo. Le pregunté a Linda quién era su médico de cabecera, y ella me señaló la dirección del doctor Cobey.

—¿Por qué Linda hizo eso?

—No la recrimine. Linda no sabía por qué se lo preguntaba. Enablamos conversación y yo lo saqué a relucir como una cosa casual.

—Pero usted debió tener alguna razón.

—Sí, me interesé por la salud mental de su cerebro, Greene. Pero debe felicitarle. El doctor Cobey dijo que usted era un hombre completamente cuerdo. Pero me explicó lo otro.

—¿Lo otro?

—Usted ya lo sabe. El cáncer del pulmón. El doctor Cobey le dijo hace, dos meses que no llegaría a la primavera.

La cara de Greene se había puesto roja.

—¡No tenía ningún derecho a husmear en mi vida, teniente!

—Lo tenía porque yo estaba tratando de proteger la vida de una muchacha.

—No le comprendo, teniente.

—Hace un momento me dio usted la respuesta. Dijo que no volvería a preguntar a Linda si quería ser su esposa.

Naturalmente, no podía preguntárselo por la sencilla razón de que muy pronto morirá. Eso fue lo que le hizo pensar con más intensidad en Linda. Quizá alimentó la esperanza de que alguna vez ella se decidiría a casarse con usted. Pero, de pronto, todo se vino abajo, y entonces se le ocurrió la gran idea. Linda no sería de nadie, pero para ello tendría que matarla.

—¡Usted es el que está loco, teniente!

—Cometió un error, Greene, Usted y yo éramos los únicos en saber que Linda se había hospedado en el «Hotel Loren».

—Usted no dio el nombre del hotel en mi presencia.

—Eso es cierto, pero le bastó seguirnos para saberlo. Es lo que justamente hizo. Y había preparado la coartada diciéndonos que regresaba a Northingdale porque su madre estaba enferma.

—Y es cierto. Lo está. Ahora me disponía a ir a su casa.

—Nos siguió al hotel, subió por la escalerilla de incendios y vigiló desde una ventana que daba al corredor. Usted me vio salir de la habitación de Linda y supo dónde ella estaba. Se tomó algún tiempo para que Linda se durmiese, pero tenía mucha prisa por acabar. Intentó abrir la puerta, pero Linda estaba despierta y oyó el ruido del picaporte. Entonces salió por la ventana y volvió a utilizar la escalerilla de incendios, sabiendo ya cuál era su meta. Se entretuvo demasiado contemplando a Linda mientras dormía. Eso dio oportunidad a que la muchacha despertase. Existe algo misterioso en nosotros, una especie de sexto sentido. Ella había

soñado justamente que un hombre la mataba con un cuchillo, el arma que usted iba a emplear...

—¡Me está calumniando, teniente! Rechazo todas sus acusaciones. Ni una sola de ellas está basada en la verdad. Creo que lo he comprendido claramente. Se ha enamorado de Linda. Trata de ganársela por algún medio y sólo se le ha ocurrido acusar al mejor amigo que tiene, al único hombre que podría ser su rival.

En aquel momento apareció en el vestíbulo una mujer. Los dos hombres volvieron la cabeza.

—¿Quién es usted? —exclamó Greene. La mujer no dijo nada.

—Dígaselo —ordenó el teniente.

—Fanny Aldridge. Ése es mi nombre. Y yo también sé quién es usted, señor Greene.

—No comprendo nada. ¿Qué significa esto, teniente?

—Escuche lo que tiene que decir la señorita Aldridge. Fanny, inspiró profundamente.

—Usted es el hombre a quien yo oí ordenar la muerte de una mujer cerca de mi casa, en Canal Street.

—¡Miente!

—No, señor Greene. Me gusta mucho hablar, pero no digo mentiras... Es su misma voz y estoy dispuesta a jurarlo ante un tribunal.

Greene los miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Se cree muy inteligente, verdad, señor Forester? ¡Lo mataré! ¡Lo voy a matar! Greene saltó sobre Mike dispuesto a atraparlo por el cuello, pero el policía le asestó un mandoble con el filo de la mano entre los dos ojos.

Greene se desplomó como un fardo.

* * *

El capitán Miller prendió fuego a un largo veguero.

—Regalo del comisionado —dijo—. Y eso me recuerda que tengo otro para ti, Mike.

—Quédese. No fumo puros.

Llamaron a la puerta y el capitán dio autorización para entrar. Era el agente Brent.

—Teniente, otra buena noticia... Se trata de Duke Flower y el

pequeñajo que dijo llamarse Marcus Hoppe. Pero su verdadero nombre es Lester Quest. Estaban metidos en un lucrativo negocio con un empleado del hipódromo de Jamaica. Entre los tres falsificaban boletos con el caballo ganador. Ya sabe el truco, tenían impresos los boletos de los caballos que participaban en las carreras, y cuando llegaba el momento, sacaban el premio. Es un poco complicado, pero ya irán cantando. Un par de muchachos y yo nos ocuparemos de eso.

El agente salió de la estancia y Forester se puso en pie.

—Quisiera pedirle unas vacaciones, capitán.

—¿Eh? —dijo Miller, y estuvo a punto de escupir el grueso cigarro—. ¿Tú vacaciones, Forester? Siempre renunciaste a ellas.

—Gracias, por recordármelo, capitán. ¿Podría disfrutar ahora las de los tres últimos años? Aún saldría ganando el Departamento.

—¿Y para qué quieres vacaciones, Forester?

Mike se dirigió a la puerta pero antes de salir, volvió la cabeza, diciendo:

—¿Cuál es el estado perfecto del hombre, capitán?

A Miller se le había caído ya el cigarro, y estaba con la boca abierta. Pero Forester no contestó a su propia pregunta y salió de la oficina.

Dos agentes entraron con un detenido, David Florent, vendedor de cigarrillos de marihuana.

El telefonista estaba recogiendo un aviso. Un tipo borracho estaba pegando a su mujer, y al parecer, no lo hacía con el debido sigilo.

El teniente McGregor hablaba por teléfono con el forense acerca de un cuerpo mutilado que había sido encontrado en una estación del ferrocarril.

Forester comprobó la hora que marcaba su reloj pulsera con la del que había en la pared. Tendría que darse prisa para llegar antes del cierre a la tienda donde debía comprar el anillo de compromiso y, luego, darse mucha más prisa para encontrarse con Linda Disney en el restaurante donde habían quedado citados.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).